Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXVI | San José, Costa Rica **1938** Sábado 31 de Diciembre | Núm. 6

Año XX — No. 862

SUMARIO

Ser lo que somos

Por ALFREDO R. BUFANO

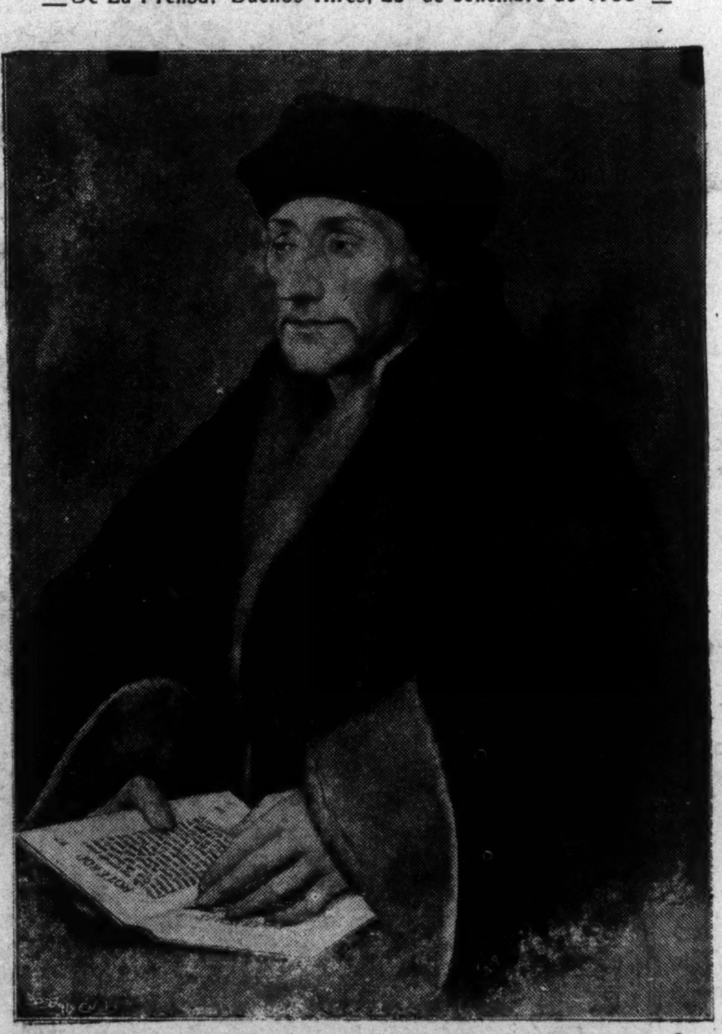
= De *La Prensa*. Buenos Aires, 25 de setiembre de 1938 =

"Dejar de ser lo que somos es ya una especie de muerte". Estas palabras de Erasmo de Rotterdam, en su *Elogio de la locura*, nos sugieren una serie de reflexiones. En la época que vivimos todos hemos dejado de ser un poco lo que somos. Un poco algunos, totalmente muchos. Creo que éste es, precisamente, uno de los grandes dramas de la hora presente. Dejar de ser lo que se es. Los jóvenes no se preocupan por descubrirse; los hombres no se preocupan por cultivarse. Los primeros tuercen su vida, los segundos la esterilizan.

La vocación, en nuestros días, ha pasado a ser un problema de segundo orden No pensamos en lo que somos, en lo que debemos ser, sino en lo que nos conviene ser para mejor disfrutar los halagos de la vida contemporánea. Torcemos nuestra vocación haciendo prevalecer nuestros instintos sin sospechar que cometemos uno de los crímenes más abominables del alma. Dejamos de ser lo que somos porque descubrimos algunas veces que nuestra vocación verdadera nos llevaría por caminos difíciles o heroicos, alejándonos, por ende, de las comodidades y la holganza.

En este dejar de ser se encierra el más trágico y lamentable de los renunciamientos. La más lamentable y trágica de las cobardías. Pensemos un momento en lo que significa dejar de hacer versos por vocación para dedicarse a una profesión lucrativa. ¿Qué amor podrá poner un hombre en un menester que ha elegido por conveniencia? Ninguno. ¿Qué resultados beneficiosos para los demás puede tener tal profesión? La respuesta es la misma: ninguno.

Dejar de ser lo que somos es atentar contra la sociedad y la patria, es atentar contra Dios, que dispuso nuestra naturaleza y nuestra alma para determinadas funciones específicas. Dejar de ser lo que somos es una triste manera de condenarnos a una permanente mediocridad, porque mediocre debe ser por fuerza aquel que pretende ejercer una actividad determinada para la cual no siente ninguna simpatía.



Erasmo de Rotterdam

(1466-1536)

Retrato de *Holbein* (1523)

Traté de saber si Erasmo de Rotterdam era de aquel partido. Pero cierto comerciante me respondió: *Erasmus est homo pro se* (Erasmo es hombre aparte).

(*Epistolae obscurorum virorum*, 1515.)

Los que mediante la cátedra estamos en contacto con los jóvenes, podemos comprobar con aterradora frecuencia el cúmulo de torceduras vocacionales que se lleva a cabo entre ellos. En las escuelas normales, sobre todo, el problema adquiere una magnitud impresionante. No exageramos si decimos que la mayoría de los normalistas va a las aulas en abierta pugna con su vocación. No nos hagamos ilusiones sobre el particular. No pensemos ni por un instante que todos los que van a las escuelas normales lo hacen porque sienten la vocación del magisterio. No es así. Van porque es una carrera corta, van porque temen enfrentarse con disciplinas más arduas, van porque ven la posibilidad más o menos inmediata de resolver a medias su futuro. Irán algunos, y no es posible negarlo, que sienten en efecto la atracción de la enseñanza; pero, lo repetimos sin riesgo de equivocarnos, la mayoría sigue la carrera del magisterio contrariando los secretos impulsos de su vocación.

Esos jóvenes dejan de ser lo que son, lo que en realidad podrían ser, y pasan a la nada envidiable categoría de todos los mediocres.

Detengámonos por un momento frente a cada uno de esos jóvenes; indaguemos, preguntemos; exijamos que se nos conteste con sinceridad y obtendremos en la mayoría de los casos una respuesta negativa. No quieren ser maestros. Estudian porque los obligan, porque sus recursos no les permiten orta cosa, porque su capacidad no les ayuda para más grandes sacrificios.

Más de una vez nosotros hemos descubierto la verdadera vocación de alguno de nuestros alumnos. ¡Qué lejos estaba de la carrera del magisterio! Lo hemos alentado, lo hemos inducido a seguir los impulsos auténticos de su espíritu y de su inteligencia, y podemos asegurar que aquel alumno mediocre, desatento, haragán y contrariado, pasó a ser otro hombre en cuanto se en-

frentó con su auténtica personalidad interior.

Nosotros creemos que uno de los grandes problemas educativos es, precisamente, el descubrir o ayudar a descubrir la vocación de nuestros jóvenes. Enseñarles a ser lo que deben ser, lo que Dios quiere que sean. Una vocación contrariada conduce inevitablemente al fracaso. Los que estamos frente a los jóvenes tenemos una obligación mucho más grande que la de enseñar. Tenemos la obligación de conocer a cada uno de nuestros alumnos, el deber de adentrarnos en su alma, en sus instintos, en sus pasiones, en su carácter, y según sean los resultados de nuestra cariñosa observación, no escatimar esfuerzos por encauzarlo en su verdadera senda.

No caigamos jamás en la cobardía de alentar una vocación torcida, una inclinación equivocada. Tengamos el necesario valor de hacerles conocer a esos jóvenes el crimen moral que cometen entregándose a una carrera para la cual no son llamados por los impulsos de su vocación. Si esto hacemos, lograremos muchas veces dos cosas admirables: indicarle a un alma su verdadero camino y restarle a la sociedad un elemento mediore.

Si todos los hombres nos empeñáramos en ser lo que debemos ser, los destinos del mundo serían muy superiores. Dejar de ser lo que somos es una abominable cobardía, y es, como dice Erasmo, una manera de morirse. Es la más impresionante de las muertes, porque continuamos viviendo en abierta pugna con nosotros mismos.

Muchas veces sabemos que nuestra vocación nos condena irremediablemente a la pobreza, o a la soledad, o al dolor, o al renunciamiento de muchas cosas agradables. Pero ¿de qué valen honores y riquezas conquistados con malas armas? ¿De qué valen todos los bienes del mundo si somos espectadores del tremendo fracaso de nuestras almas? Ninguna satisfacción comparable a la realización de nuestro auténtico destino.

Los tiempos que vivimos son pavorosamente propicios para estas desviaciones del alma, propicios para estas torceduras morales Pero nosotros debemos sobreponernos, y no dejar de ser lo que somos, sino agrandar, fortalecer, elevar nuestra unidad espiritual para llegar a ser lo que de antemano nos ha sido señalado. Sólo así lograremos hombres capaces de todas las actividades, y no el espectáculo lastimoso del semejante que aherrojó a su alma y a su inteligencia para dedicarse a menesteres lucrativos opuestos a sus inclinaciones, sin pensar que lucra a costa de su propia grandeza, de su propio e irremediable fracaso y de algo que debe estar por encima de nuestras ambiciones: la humanidad y la patria.

Vivir para los demás es una exultante plenitud de lo que auténticamente somos: he aquí nuestro destino Porque vivir tan sólo para nosotros, también es una especie de muerte, aunque no lo haya dicho Erasmo.

La Casa de España en México

México, D. F., 31 de octubre de 1938.

Señor don Joaquín García Monge
Apartado Letra X.
San José, Costa Rica.

Muy querido amigo:

Estoy seguro que las noticias objeto de esta carta le interesarán a Ud. personalmente; pero me atrevo a pensar que igual puede ocurrir con muchos de sus lectores de este continente. Por eso me decido a reanudar tan intempestivamente un contacto que la ocupación diaria de la vida me ha impedido mantener con la frecuencia que yo hubiera deseado.

Es fácil imaginar la magnitud de la tragedia española, lo mismo se la vea en su aspecto nocional que en los casos concretos de personas y familias que cada uno de nosotros conoce. De entre estos últimos no es la menor aquella por la que han pasado y pasan los intelectuales españoles; pues muchos de ellos han debido permanecer ociosos ante la interrupción de toda posibilidad de trabajo y ante la imposibilidad de prestar ningún servicio de guerra especial. No sólo, sino que muchos han perdido los frutos acumulados durante muchos años de trabajo.

Esta situación y la peculiar simpatía que tan distintamente han sentido el pueblo y el Gobierno mexicanos por la República Española, decidió al Presidente de México, Lázaro Cárdenas, a extender una invitación personal a un grupo de profesores, intelectuales y artistas españoles para que se trasladaran al país a continuar aquí los trabajos docentes, de investigación y de creación artística que han debido interrumpir por la guerra.

Hecha la invitación, el Presidente acordó crear una institución independiente llamada la Casa de España en México, para servir de centro de reunión y de trabajo a sus invitados. La Casa ha quedado al cuidado de un Patronato compuesto por el Rector de la Universidad Nacional, por el Presidente del Consejo de la Enseñanza Superior y por mí mismo como delegado del gobierno. En breve tiempo la Casa tendrá un asiento material, con una sala para conferencias, conciertos y exposiciones, y una serie de pequeñas oficinas para cada uno de sus miembros. Además, bien pronto también, la Casa inciará la publicación de algunos libros de éstos.



En el grupo de letras, se hizo la invitación a don Ramón Menéndez y Pidal, a Tomás Navarro Tomás, Dámaso Alonso y José Fernández Montesinos; en la actividad de historia, a Claudio Sánchez Albornoz y a Luis Pericot García; en filosofía, a José Gaos, Joaquín Xirau y Luis Recasens; en medicina, a los doctores Pío del Río Ortega, Gonzalo R. Lafora y Teófilo Hernando; en crítica de arte, a Enrique Díez Canedo y Juan de la Encina; a los musicólogos Adolfo Salazar y Jesús Bal y Gay; en fin, a los poetas José Moreno Villa y León Felipe Camino.

Además de éstos, que se consideran como miembros residentes en la Casa, se extenderán invitaciones a otros que vendrán a hacer un trabajo simplemente temporal. En estas condiciones fué invitado el historiador del Derecho, José María Ots y Capdequí, y se piensa invitar para este invierno a Juan Ramón Jiménez y Fernando de los Ríos.

Las actividades de la Casa se han iniciado ya con dos cursillos sobre los temas de "Filosofía de la filosofía" y la "Filosofía contemporánea", que dió José Gaos, actual rector de la Universidad Central de Madrid; con otro curso sobre el tema: "La sociedad y el derecho en la vida contemporánea" a cargo de Luis Recasens, profesor de Filosofía del Derecho en la misma Universidad de Madrid; con un cursillo sobre la "Presencia del Estado Español en América" por José María Ots, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia; por otro cursillo sobre "Goya, pintor contemporáneo" a cargo de Juan de la Encina. Dentro de breve tiempo Adolfo Salazar dará una serie de conferencias sobre la música del siglo XX y Enrique Díez Canedo sobre el teatro contemporáneo.

La mayoría de los miembros de la Casa de España en México harán el año entrante un trabajo normal y permanente en las instituciones de enseñanza superior de la ciudad de México y de las capitales de provincia; otros, como Lafora y Del Río Ortega continuarán sus investigaciones de laboratorio en los hospitales mexicanos; por último algunos, como Juan de la Encina y Bal y Gay, estudiarán cosas mexicanas: el primero nuestra pintura y el segundo nuestro folklore musical.

México no sólo ha querido así dar la mejor oportunidad de trabajo a estos distinguidos intelectuales, sino que espera iniciar con ellos una labor de intercambio que pudiera extenderse a buen número de nuestros países. Hemos establecido ya un primer contacto con los organismos adecuados de Cuba, de ensayar esta gran obra, y esperamos que algunos otros, quizás Colombia en segundo término, acojan con interés una idea tan indudablemente buena y útil.

Muy agradecido por la atención que dispense Ud. a estas noticias, quedo suyo, amigo y muy devoto servidor.

Por el Patronato de la Casa de España en México

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Lo demás es podre hervida...

A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América. Lo demás es podre hervida y dedadas de verano.

(José Martí, *Obras*. Vol VII. Habana. 1909).

El busto de Mideros

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Aquí está otra vez don Juan Montalvo, en un retorno glorioso, señor en casa propia, de regreso de la inmortalidad, en tierras donde su palabra resuena todavía con eco de metal profundo. Y está aquí en la magnífica realización de Mideros, obra de garra y nervio, en que el Maestro se nos entrega todo en su plena y huracanada humanidad.

Tormenta de vientos continentales, vientos de América insurgente, austros helados, y trópicos voraces, mueven la melena revolucionaria; se abre, en planos clarísimos, libre de oscura arruga, o de huella cobarde, la frente de tan noble preocupación; firmeza, apenas insinuada en raudo desencanto, en los ojos tranquilos; fuerte la nariz autóctona; los labios cerrados, grávidos de apóstrofes, bajo el bigote de caudillo; y la quijada ambigua, entre afirmación voluntariosa, y sensual languidez. Y sobre todo el halo apostólico, la extraordinaria fuerza interior, esa tremenda grandeza espiritual, que hace crujir el bronce, y junto a él nos hace vivir en tan conturbada admiración. Era necesario nacer, como Mideros, bajo el cielo eléctrico de Quito, en cotidiana vecindad de volcanes y nubes, para rescatar de los años, con tan singular maestría, la tensa y generosa silueta.

Porque en esa cabeza exacta, está Montalvo en integridad maravillosa. Ese es el panfletario errante, siempre al frente del déspota azaroso; y el escritor de pluma sabia, nutrida en tan clásicas e inmortales esencias; y el hombre igual a su obra, de palabras tan claras y honestas, y de hechos de tan limpia sencillez. Allí está él todo, en las madrugadas conspiradoras; en el refugio de Ipiales, en su cárcel de lluvia y niebla; y en el exilio de París, en el otoño finesecular, paseante melancólico de avenidas remotas.

Ningún apostolado en América que haya dejado tan honda prolongación como el de don Juan Montalvo. Puede que de su obra, tras examen minucioso, se aparte todo lo transitorio y lo anecdótico; pero la vigencia espiritual de su ejemplo alimenta todavía el espíritu de libertad democrática de nuestros pueblos, y su presencia estimula muchos proselitismos generosos.

Desde ahora lo tenemos entre nosotros, aun cuando, en realidad, nunca estuvo ausente de Colombia, sino que siempre fue huésped ilustre, amado y admirado, par entre los pares, con los que aquí continuaron su tradición luminosa.

Mideros lo restaura para la inmortalidad en líneas seguras y sonoras.

NIMBUS

Juan Montalvo

Busto de *Mideros*

Un grande americano

Las lecciones de Montalvo

Por LUIS DE ZULUETA

= De *El Tiempo*. Bogotá. 6 de noviembre de 1938 =

Desde hace días, la amplia sala de lectura de la Biblioteca Nacional se halla presidida por el busto de Montalvo.

Como bien está San Pedro en Roma, está bien en esa estancia, albergue de los estudiosos de Bogotá, la efigie leonina de Juan Montalvo, gran patriota del Ecuador, gran amigo de Colombia, gran escritor en la lengua de España, gran pensador de América...

Fue colocada allí la escultura, como se recordará, en una solemne ceremonia en la que hablaron el presidente de la república, el ministro de relaciones exteriores y el ministro plenipotenciario del Ecuador; tres magistraturas que, por feliz coincidencia, se hallan hoy ejercidas por tres altas personalidades: don Eduardo Santos, don Luis López de Mesa y don Benjamín Carrión, escritores insignes los tres, dignos de dialogar con Montalvo.

La imagen de Montalvo, aquella noble testa desmelenada, dictará desde ahora más de una silenciosa lección a los concurrentes asiduos a la biblioteca. "Lección" quiere decir "lectura" y significa también "enseñanza". Y enseñanzas hay en Montalvo que, para quienes frecuentan la biblioteca nacional, podrán valer por muchas lecturas.

La primera lección de Montalvo dice, *Patria*.

El incorruptible polemista ecuatoriano amó, ante todo, a su país. ¡Cómo hablaba de sus tierras andinas, de aquellos magníficos paisajes que, según decía, "infunden en el corazón del hijo de la naturaleza ese amor compuesto de mil sensaciones rústicas, fuentes donde hierve la poesía que endiosa a las razas que nacen para lo grande"!

Hizo Montalvo a su patria el máximo sacrificio: el de la patria misma. Por no rendirse a los dictadores que a la sazón la dominaban, el austero autor de *Las Catilinarias* aceptó una y otra vez las amarguras del destierro. Buena parte de su obra está inspirada en la nostalgia del suelo natal y en las penosas pero fecundas enseñanzas de la emigración.

Hacia los veinticinco años lo hallamos ya expatriado en París, en aquel hospitalario París donde unos treinta años más tarde habrá de morir. Pero las aguas del Sena no le hicieron olvidar las de su nativo Ambato.

Muchas veces, al caer de una tarde de verano, lo habríamos visto pasear solitario, pensando en su patria, por las avenidas de castaños del jardín del Luxemburgo, donde tántos otros emigrados de todos los pueblos, de todas las razas, han ido a llorar su pena, a esconder su amor y a madurar su genio... —"El Luxemburgo —escribía Montalvo en *El Cosmopolita*— tiene eso más de bueno: reina en él una melancolía, un espíritu incierto, una cosa triste y vaga que le hace por todo extremo grato a quien en algo tiene esa influencia de lo misterioso. Complacíame yo en aquel jardín: buscábale como sitio de descanso, le tenía por consuelo"...

La segunda lección de Montalvo titúlase: *Tiempo*.

Como somos hijos de un lugar en el espacio, hijos somos de un punto en el tiempo. Nuestro siglo, lo mismo que nuestra patria, nos forma, nos modela, nos imprime su carácter.

Sepamos ser, dignamente, los hijos de nuestro tiempo. Montalvo fue el siglo XIX. Nacido en 1833, en una hacienda en Ambato, en los Andes, y muerto en 1889 en un cuarto piso de París, su vida abarca todo el centro de la pasada centuria. Fue un alma de su siglo.

Romántico, ante todo. Soñador, apasionado, su alma se desbordaba del vaso de la forma literaria. Corazón de niño, ánimo de luchador, espíritu de artista, conciencia de místico. Buscó la verdad, amó la belleza, apostrofó a los tiranos, desnudó a la hipocresía, adoró a la mujer, combatió por la libertad.

Pero ese romántico fue al mismo tiempo un espíritu crítico. Romanticismo poético y positivismo científico caracterizaron al siglo XIX. Mas la crítica en Montalvo, crítica severa, objetiva, dura, está siempre impregnada de idealismo.

¡Qué romántica viñeta de época, aquella visita del joven Montalvo al viejo Lamartine en la que el poeta francés le invitó a cazar en las tierras de su castillo de Milly, que ya no poseía, y el escritor ecuatoriano convidaba, en cambio, al glorioso autor de *Jocelyn* a marchar juntos a la tierra americana, de la que se hallaba expatriado, para vivir entre las ananas y los tamarindos, al pie del Chimborazo!

Cultura podría ser la tercera de las lecciones de don Juan Montalvo.

Este ardiente romántico se formó, sin embargo, en la perenne escuela de los clásicos. La romántica inspiración contrasta en sus obras con las citas de autores griegos y latinos y el constante recuerdo de los ejemplos inmortales de la Hélade y de Roma. El crítico avanzado, el polemista de vanguardia era un devoto de la antigüedad clásica.

Tan devoto era de ella, que tuvo que defenderse de quienes le acusaban de impiedad por entender que su amor a las letras paganas iba en desdoro del cristianismo. No. Montalvo, humanista de corazón, adora a Jesús pero venera a Sócrates. "No hay —dice— sino una diferencia entre los dos maestros, aunque grande, infinita, la que va del cielo a la tierra. Si deseamos imitar a Sócrates, no echemos en olvido a Jesucristo".

El autor de los *Siete Tratados*, que tanto recuerdan por su libre estilo y su amplia ilustración a los *Ensayos de Montaigne*, fue hombre de mucho estudio, vastas lecturas, vario saber.

Como los hispanoamericanos de su tiempo, Montalvo se había familiarizado con los gran-

des clásicos castellanos. Hasta tal punto dominaba el habla del creador del Quijote, que pudo permitirse la gloriosa osadía de escribir los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable.* Pero, no obstante, el castellano de Montalvo, sobre todo en sus otros libros y artículos, nada tiene de arcaizante, ni afectado: es suelto y fácil, espontáneo y abundante.

Las dos principales fuentes de la cultura de Montalvo, aparte de la antigüedad grecolatina, son, como corresponde a un americano de su siglo, España y Francia. Símbolo de esa doble influencia fue su admiración, tan de la época, por Víctor Hugo y por Emilio Castelar. Por Hugo, que "si vuela, es águila; si ruge, león; si se agita, mar; si se encrespa, sube en montes; si desciende, es abismo"... y por Castelar, cuyo estilo, como sus ideas, "arriba, arriba, siempre arriba... buscan su origen en las nubes y de las nubes al cielo"...

Y así podríamos ir apuntando las otras lecciones de Montalvo.

La cuarta sería: *Personalidad.*

Mucha cultura poseía. Pero la cultura de él no era mero acarreo de pegadiza erudición y extraño saber, sino auténtica "cultura", cultivo del propio espíritu. Las ideas ajenas le servían para nutrir, formar y definir su propio carácter. Fue siempre hombre de vida interior, maestro de sí mismo, educado en la meditación solitaria.

Fuerte personalidad la de Montalvo!... Leyéndole, se tiene una impresión, muy frecuente ante escritores hispanoamericanos, y aun ante muchos autores españoles: La de que el hombre es más todavía que la obra.

La obra interesa, pero, a través de la obra, lo que de verdad importa es el hombre. En países más hechos, en civilizaciones más acabadas —Francia, por ejemplo,— la obra es perfecta, cumplida, pero el escritor no nos atrae muchas veces sino por su literatura, pues en ella expresó cuanto tenía que decir...

Pero en Montalvo, como en otros de su raza, si la obra es mucho, el autor es más que la obra, y el hombre más aún que el autor. La mejor creación de Montalvo fue acaso su propia personalidad

¿Qué más?... La quinta lección clamaría: *¡Libertad!*

De cada dos páginas de la extensa producción de Montalvo, una, por lo menos, está escrita contra la opresión, contra la opresión intelectual del fanatismo o contra la opresión política de la tiranía. En sus invectivas a los dictadores de su patria, la voz de Montalvo vibra con tal ímpetu, con tanta fuerza, con tal grandeza, con tan cívico valor, con tal sentido de la dignidad humana, que la violencia pasional no pierde su noble elevación, ni la noble elevación del espíritu excluye la violencia de la pasión por la libertad...

Cabría hablar de otras lecciones. Mas la última, la que a todas las resumiese, surgiría con esta palabra: *América.*

Montalvo fue un profeta de América. De esta América hispana en la que constantemente pensó, lo mismo cuando vivió en su patria o cuando residió aquí, en Colombia, que cuando vagaba melancólico por las ciudades de la lejana Europa. Profeta de América, tuvo fe en los destinos del Nuevo Mundo.

La paz y la libertad habían de ser los dos númenes tutelares de este continente. Creyó en la libertad en una época en que, en América, abundaban los gobiernos despóticos. Creyó en la paz cuando la guerra, internacional o civil, ensangrentaba este mundo virgen. "Guerra en los Estados Unidos —escribe en *El Cosmopolita*— guerra en México, guerra en la República Argentina, guerra en Chile, guerra en el Perú; en Bolivia, en Venezuela, en Colombia; guerra, guerra!"

Pero Montalvo mantuvo su confianza en el porvenir de Hispanoamérica. En ese busto de la Biblioteca están grabados los rasgos decididos del hijo de los Andes. Es un rostro de estirpe española "con una gota tal vez de sangre indígena", dice Blanco Fombona en su prefacio a los *Siete Tratados.* Montalvo, consciente de poseer el temple de un "español de los mejores tiempos", amó siempre a España, aunque más de una vez se indignó contra los gobernantes españoles. Y aquel ruiseñor de la Alhambra que una mañana le embelesó a orillas del Genil, no dejó nunca de cantar en su corazón...

Pero su fe era América. "No desesperemos —dice en su estudio *De la República*—; el porvenir es fecundo en acontecimientos: los cambios del espíritu humano tienden a la perfección. Sólo la China vive estancada, hace cuatro mil años, en su ilustrada barbarie. América, joven, robusta, inteligente y amiga de lo grande, cumplirá su destino: se civilizará, será libre, feliz, y gozará sin estorbo los dones de su gran naturaleza".

Cabos sueltos

Sufre, abstente

Cerró nuestro filósofo (Epicteto) *toda la doctrina de las costumbres en estas dos palabras:* Sufre, abstente. *Aquella por medicina de lo que sucede al sabio, o le puede suceder, que no le conviene; ésta, de lo que conviene que ni tenga ni le suceda. Con esta brevedad quitó el miedo de los grandes volúmenes, que son embarazo a la casa, tarea a la vida y carga a los brazos: hizo un libro en estas dos palabras, que se oye en una cláusula, y que no necesita de repeticiones a la memoria. Tan bien acostumbrado estaba al ejercicio de estas dos voces, que muchas veces, ambicioso de victorias contra los trabajos y calamidades, provocaba fervoroso a Dios, exclamando:* Llueve, oh Júpiter, calamidades sobre mí. *¡Oh hazañoso espíritu, oh grito lleno de valentía, que pidiese a Dios calamidades hombre esclavo, y manco, y súbdito de Nerón!*

(Es de Quevedo. Véanse *Moralistas griegos.* Biblioteca Clásica. Madrid 1888).

Sayonara

De todos los adioses que yo he oído, el ayonara *japonés —"Ya que así debe ser..." — es el más bello. Como el* auf weidersehn *y el* au revoir, *no engaña con la baladronada de* hasta volvernos a ver *ni con el falso sedativo de posponer la pena de la separación.*

Tampoco evade la partida como el farewell *inglés, que viene a ser como el adiós de un padre: —"Vete a rodar tierras, hijo mío, pero haz siempre el bien en tu camino".*

Sayonara da ánimo y es a la vez admonición. Deja pasar inadvertido el dramático significado del momento, no menciona la partida.

Good-bye, adiós, *dicen demasiado. Parece que quisieran ponerle un puente a la distancia, negarla* Good-bye *es una oración; —"Tú no debieras irte!, yo no soportaré tu ausencia! —mas no irás solo, querido— Dios velará por ti...!"*

Pero ayonara *no dice ni demasiado ni muy poco. Acepta sencillamente un hecho. Toda la sabiduría de la vida está dentro de sus límites. Toda la emoción latente de la partida está cubierta por esta palabra discreta.*

Es el adiós que se musita, el apretón de las manos, Sayonara...!

(De Ana Morrow Lindbergh. Trad. y envío de *Emilia Prieto.*

Alfonsina Storni

Entre las grandes poetisas que ha producido América, Alfonsina Storni era una de las que más ampliamente conoció la fama. Su nombre fue tan familiar para los lectores de la Argentina, de Colombia, de Chile, de Venezuela, del Uruguay, como el de Juana de Ibarbourou o el de Gabriela Mistral, o el de Violeta Franca. Y su destino, como el de sus compañeras, ha sido trágico. Delmira Agustini la precedió en un voluntario abandono de este mundo. Gabriela Mistral ronda por los mares de América, con su carga melodiosa a cuestas y rodeada de su soledad orgullosa. Y las otras mujeres artistas, como Teresa de la Parra, han muerto lejos de su patria, con los ojos vueltos hacia América.

Alfonsina Storni se tiró al mar de Chile, donde se había instalado desde hacía algunos meses. En el Brasil, en el Perú, en México, había dejado una honda huella en el recuerdo de sus admiradores. Era una mujercita pequeña, de rostro atormentado, de guedejas blancas al viento, que sabía cantar muy dulcemente. Sus versos son un grito que se enreda en la carne. Como las otras, como la Ibarbourou, como la Mistral, como la Agustini, como Teresa de la Parra, Alfonsina Storni se rebeló contra el silencio de la mujer americana y lanzó su gemido a los cuatro vientos de América. La ternura se enlaza en sus versos como la voluptuosidad, y es difícil diferenciar en ella, como en las otras, donde termina la amante para que comience la madre. Ella trajo a la literatura un acento cálido y sincero, una sensibilidad femenina rebelada, un secreto orgulloso de sufrir más por haber nacido mujer. Y sus libros de poemas se quedan para siempre en la memoria que a veces trae a los labios la música profunda de algunos de sus versos.

Alfonsina Storni, cansada de su vida y de su peregrinaje, eternamente insatisfecha de su destino, resolvió tirarse de cabeza a ese mar de Chile que está lleno de la poesía de los pescadores de cangrejos, como para justificar ese triste presentimiento de la voluptuosidad de la muerte que se arrastra a través de todos sus poemas.

(*El Tiempo.* Bogotá, 23-X-38.)

Un nuevo libro del Dr. Vaz Ferreira

=De la revista *Ensayos*, Montevideo, julio de 1938=

Carlos Vaz Ferreira: *Fermentario*. Tip. Atlántida. Montevideo. 1938.

Como todas las publicaciones del Maestro la aparición de este nuevo libro constituye un verdadero acontecimiento cuyas proyecciones intelectuales y morales son insospechables. Por sus características esenciales es la continuación de una especie de revista personal que publicada con otro título hace 30 años, se difundió después esporádicamente en revistas y a través de lecturas intercaladas en sus conferencias.

No se trata, pues, de un libro metódico que desarrolle una tesis sistemática sobre un tema preciso sino de una forma de publicación indefinida, inagotable, excepcionalmente apta para expresar pensamientos más profundos que las sistematizables o al menos que las sistematizaciones artificiales; apta también para satisfacer todas las exigencias de una sinceridad tan honda como la meditación que en Vaz Ferreira de un modo eminentísimo acompaña indiscerniblemente a un pensamiento que constituye una de las formas más hondas o tal vez la más honda de todas, de lo que podría llamarse por homología con las fórmulas de Pascal, el espíritu de la verdad. Y es el movimiento, el diapasón de ese pensamiento verdaderamente libre y abierto que las fórmulas por no poder contener del todo expresan pero no critalizan; la fluctuación, el trabajo ininterrumpido de los "estados mentales vivos", el psiqueo, más que simetrizaciones verbales, que este libro tiende a representar y sugerir haciendo no tanto que el lector comprenda una fórmula, un esquemático y empobrecido producto del pensamiento sino que "comprendiendo a propósito" de formulaciones lo más depuradas posible, lo más elevadamente comprensivas, adquiera la más grande capacidad que esté a su alcance de pensar libre y directamente con la mayor amplitud. El "fermento", según su expresión, hasta donde es posible el pensamiento mismo más bien que sus productos en cierta medida espurios y desnaturalizados por el dogmatismo que la formulación, cuando no es empleada con conciencia de su carácter esencial de esquema, parece comportar por sí misma. Si es legítimo aplicar un giro Bergson, el pensamiento haciéndose más que el ya hecho; su progreso en sinceridad, corrección, complementación, conflictualidad, en duda e ignorancia también; sus conversiones no esporádicas, que equivaldrían a pasar de una cristalización, de un dogmatismo a otro, sino su "conversión permanente".

Configura, por tanto, una forma eminentísima de libertad de pensar, libertad con respecto ya al lenguaje, a los criterios hechos, al simplismo, a todos los dogmatismos que son mucho más numerosos y difíciles de advertir cuando se tienen en cuenta además de los extremos que reviste el principio de autoridad y los totalmente constituidos, los larvados e informes. La expresión verdaderamente libre tiene, entonces, aplicada a este pensamiento un sentido mucho más hondo que el corriente, el de la más eminente, amplia y abierta comprensividad, el de un libre examen más continuado, lúcido y permanente, que no se agrega o yuxtapone al trabajo de síntesis y formulación, a los puntos de vista que elabora sino que, si es posible expresarse así, constituye con ellos estados mentales más complejos y completos; y lo que tienden a producir en el lector no es un cierto sistema, en el fondo un cierto dogmatismo o cristalización, que si ampliaría su inteligencia en un sentido no dejaría de detenerla y cristalizarla en otro. Su influencia



Carlos Vaz Ferreira
Visto por *Mario Radaelh* (1923)

es de otra naturaleza, infinitamente más importante y valiosa: un crecimiento de su propia libertad de pensar, el más poderoso estimulante, "fermento" de una lúcida y abierta comprensión, en una acción cuyo proceso es inagotable, indefinido y permanente y también, por ser la más profunda, indescriptible. Nada daría una idea tan clara de este tipo de influencia como la penetrante frase de Bergson refiriéndose a Ravaisson: "influencia cuyos límites precisos no pueden determinarse ni medirse su profundidad ni aún describirse exactamente su naturaleza".

Y, en efecto, un libro como éste en que el pensamiento del autor no se fija ni se cristaliza, ¿cómo podría fijar y cristalizar el del lector? Es una obra "penetrable", de acción incesante, cuya lógica y cuya moral como "todo lo vivo no pueden reducirse a fórmulas".

Estas insuficientes consideraciones no tienen otro propósito que el de destacar la importancia y el profundo significado de lo "fermental", del título de la obra casi sinónimo de la que fué denominación primitiva de esta forma de publicación, que era simpleemnte el nombre del autor.

Y así el "ideario" que contiene, lejos de constituir una doctrina cerrada incompatible con su admirable espíritu central, es un conjunto de fórmulas y puntos de vista depuradísimos y cuya justeza es imposible elogiar, a las que se llega no prematuramente por insuficiencia de análisis sino luego de un análisis excepcionalmente firme, riguroso y continuado; y la claridad parcial determinada por esas fórmulas que en nada se parece a ese dogmatismo del simplismo generado por el automatismo de lo verbal y los modos reflejos de pensar, no se constituyen sin completarse por un halo de dudas de ignorancia sincera y positiva, de las incomprensiones crecientes que en él cada nueva comprensión suscita, de toda una penunmbra que el pensamiento sistemático, la formulación clara y distinta no pueden contener. Puntos de vista y fórmulas que en lugar de inhibirla incitan a la profundización y al examen libre y riguroso de las cuestiones, y que si son válidos en planos superficiales conservan su validez en planos más hondos en que habría que volver a ellos; serían penetrables en el sentido de que, verdaderos para un lector que los pensara en un cierto plano, lo serían también para otros que los pensaran en planos más profundos. A medida que se ahondara una cuestión, lejos de aparecer simplistas o insuficientes como ocurre en los criterios sistemáticos, las formulaciones de este modo de pensar se presentarían como más profundamente verdaderas.

A lo que habría que agregar que la lógica viva que preside esta obra constituye un nuevo modo de pensar, de usar la razón después de la más grande asepsia lógica. Esta asepsia no es una eliminación, la mayoría de las veces abstracta, de falacias y sofismas tales como aparecen en el lenguaje, sino otra mucho más profunda que consiste en eliminar además de esos, claramente concebidos, precisos, nítidos, los que con una frecuencia muchísimo mayor se dan en la realidad y son también mucho más difíciles de percibir y evitar, los imprecisos, apenumbrados, no distintamente concebidos, los sub-discursivos en una palabra. La transformación que de este modo se opera en la Lógica sería semejante a la que sufriría la Medicina si se descubrieran, además de las enfermedades precisas y nítidas como se conciben hoy, estados larvados de enfermedad, imprecisos, sutiles. La Medicina se transformaría, se haría mucho más profunda, sutil y *souple*; al lado de ella la actual sería esquemática y simplista.

La Lógica ha sufrido una transformación análoga después de Vaz Ferreira y el esfuerzo por pensar bien, con justeza y consistencia (lo que implica además emplear adecuadamente la formulación) se ha hecho mucho más difícil; pero lo que se ha perdido en facilidad se ha ganado, en una proporción incomparablemnte mayor, en justeza y adecuación en lo intelectual, en superiorización moral, en eficiencia en la acción. Tan clarovidente, continuada, minuciosa debe ser la crítica, llevada a sutilizar por debajo del lenguaje, que es necesario según sus expresiones crearse, más allá del razonamiento, como un instinto para percibir las formas infinitamente variadas y sutiles del error; convertir al espíritu



Esta es la columna miliaria del *Rep. Amer.* En ella escribiremos los nombres de los suscritores que por años de años, hasta el final de sus días, le dieron su apoyo. Servidores del Espíritu fueron.

en un como aparato sensible a lo bueno y a lo verdadero. Y todavía la eliminación de los paralogismos verbales (a propósito de los cuales se aplicaría también naturalmente la distinción a que nos referíamos entre las falacias reales y sus esquemas verbales) que se cometen por usar mal el lenguaje, por usarlo como si pudiera expresar completamente en todos los casos el pnsamiento y la realidad, en lugar de emplearlo con conciencia de su naturaleza de esquema, lo que involucra completar los esquemas por un saber virtual, potencial que no pueden contener pero que surge del empleo que de ellos se hace.

Y habría que agregar o sustituir estas consideraciones superficiales y de elemental generalidad por tantas otras profundas, directas y adecuadas. Y no solamente de la lógica, también de la moral viva. Pero no somos nosotros los autorizados para hacerlo: nos veríamos llevados a clasificarlo y sistematizarlo, o procurando dar una idea de su complejidad elaboraríamos una interpretación verbalizada y artificiosa que frente a una obra de tan excepcional elevación intelectual y moral, de una tan honda sinceridad y ética de la inteligencia, tan austera y rigurosa y sobre todo tan profundamente vivida constituiría más que una reacción inadecuada y falsa, una traición al espíritu mismo de sus enseñanzas. Y por otra parte, más profundamente, como obra extraordinaria que es, está en cierto modo por encima de todas las interpretaciones: de indeterminables maneras y planos todos sienten su influencia y sus valores pero nadie es capaz de construir una interpretación completa y definitiva porque una y otros no son reductibles a fórmulas.

Y terminando esta breve nota, consignamos de nuevo que los anteriores, insuficientes párrafos no pretenden dar cuenta sino satisfacer, en la medida en que las circunstancias nos honran permitiéndonoslo, el deber que se contrae con una gran obra, de llamar la atención sobre su inusitada capacidad de hacer bien en el doble plano de la especulación y de la acción.

JULIO PALADINO

La Conferencia Panamericana

Si no se va a discutir nada, ¿para qué reunirse?

Por AURA ROSTAND

= *Envío de la autora*, México. D. F. Noviembre de 1938 =

Los gobiernos de América se aprestan a enviar delegados a la Conferencia Panamericana que debe reunirse en diciembre próximo junto al Rímac, en la ciudad de los virreyes, la Lima hospitalaria y sensual de las tradiciones de Ricardo Palma, donde un día Bolívar, cubierto de gloria y de victoria, reafirmó una y otra conquista, rechazando cetro, corona y trono, bastándole con pasar una cuenta de millares de soles peruanos por el costo de un regio baño de agua perfumada.

Esta confernecia panamericana en cierto modo augura ser de las más importantes de su índole que se haya celebrado. En nuestra América hay problemas de tal modo sugerentes y aun aflictivos, que así sea en son Banquo shakesperiano, o de Convidado de Piedra de tradición hispana, o de Euménides griegas, esos problemas asomarán forzosamente la cara en la fiesta de los gobiernos que ha de celebrarse en Lima.

Ya la prensa ha anunciado que entre el Departamento de Estado de Washington y la embajada mexicana en aquella capital, se ha llegado a un entendimiento a efecto de que en Lima no se discuta nada referente a las diferencias que todos conocemos existen entre nuestro gobierno y el norteamericano. Convendría que así fuese, para que siquiera un motivo de peligrosa discusión se eliminara de la agenda de las discusiones limeñas. Pero, si igual cosa han hecho todas las cancillerías de América, uno se pregunta ¿para qué celebrar la conferencia? Si no se ha de plantear discusión ninguna de asuntos sobre los que existen diferencias, ¿qué se irá a discutir? Y si no se va a discutir nada, ¿para qué reunirse?

En la respuesta que se dé a estas interrogaciones estriba cosa de enorme importancia. A buen seguro que Su Excelencia, el señor Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Cordell Hull, no va a ir a Lima sólo para tomarse el placer de saludar a un grupo de personalidades, hispanoamericanas, personalidades, hay que tener en cuenta, radican en Washingtno en su mayoría. Por ejemplo, no va a ir Mr. Hull a Lima a estrechar la mano de nuestro embajador, el doctor Castillo Nájera, que habitualmente vive a diez minutos del edificio estilo francés frente a la Casa Blanca, en donde Mr. Hull despacha todos los días.

Si, pues, van a Lima el embajador de México en Washington, y el Secretario de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica, algo los ha de llevar de especial importancia, que conviene tratar en el seno de la reunión de los plenipotenciarios de todos los gobiernos del continente. Ni puede asegurarse, porque sería intolerable, que México y los Estados Unidos van allí bajo arreglo de no discutir lo que a ellos dos atañe, sino a tratar sólo lo que atañe a los demás. Si México y los Estados Unidos substraen de Lima lo que a uno y otro compete, parecería un poquito abusivo inmiscuirse en la discusión que atañe a los demás pueblos americanos. Por consiguiente, es de pensarse que lejos de ser esa la actitud asumida, el convenio o entendimiento a que se ha llegado es que se acepta la tesis mexicana, expresada ya por el señor Presidente, general Cárdenas, en su reciente mensaje al Congreso de la Unión, de que México rehusa seguir a los Estados Unidos en los puntos que los Estados Unidos presentaron en su última nota diplomática. No es que estén vedados en Lima los asuntos que atañen a México y a los Estados Unidos, sino que éstos, si se discuten, habrán de discutirse conforme México lo ha exigido: De manera acorde con el espíritu de sus leyes y de los ideales que esas leyes encarnan.

Tal norma ha de ser pareja para todos nuestros países. Será entonces la Conferencia Panamericana de Lima de trascendencia, aunque sólo sea por el hecho de haber llegado allí las diversas delegaciones con el ánimo abierto a no imponer un criterio determinado, particular de los intereses materiales de un solo pueblo, sino de hacer prevalecer la libertad de discusión y a pesar equitativamente los intereses comunes de nuestro haz de pueblos para que sobre un entendimiento de tales intereses se basen las normas de las relaciones interamericanas.

Así planteado el espíritu que ha de prevalecer en Lima, se comprende que haya avidez en todos nuestros pueblos por seguir de cerca lo que allí se haga. No podrán los delegados de las naciones americanas esquivar el problema de nuevas tendencias que se abren paso en nuestro continente. Ya en la Conferencia de Montevideo se enterró el espíritu que había prevalecido siempre en esta suerte de conferencias y que en la de La Habana, en 1928, llegó al colmo. Escueta y francamente ese espíritu era que los Estados Unidos constituían el guía de todos nuestros pueblos. Las conferencias panamericanas eran así una especie de Sinaí, en cuya cumbre los omnipotentes Estados Unidos hacían entrega de las Tablas de la Ley. En la Habana, Mr. Hughes, el entonces Secretario de Estado norteamericano, dictó la ley sagrada por la cual se justificaban las intervenciones de un país en los asuntos de otros. Hacían de Moisés los delegados de las repúblicas hispanoamericanas. Apenas el delegado salvadoreño presentó alguna oposición. Y entiéndase bien, que intervención significa la intervención de los Estados Unidos, porque ningún otro país de América tiene la fuerza para intervenir enviando, como los Estados Unidos han enviado, ejércitos completos a inmiscuirse en los asuntos internos de otros países. Fue coincidente con esa conferencia de la Habana, que

el Excelentísimo señor Presidente de los Estados Unidos norteamericanos, enunció la asombrosa tesis de que donde quiera que iba el dólar allí iba la bandera de las barras y las estrellas, que donde quiera que hubiera inversión de dólares, allí llegaba la jurisdicción de los Estados Unidos.

Esa suerte de cosas había llegado a tal grado, que en Hispanoamérica abominábamos de las conferencias panamericanas. Nos asqueaba ver cómo la nación más fuerte del continente nos imponía su criterio, y cómo los delegados nuestros, o acataban sin protesta, y hacían papel de borregos, o protestaban inefectivamente. En Montevideo, en 1934, las cosas cambiaron. En Montevideo hubo amplitud de libertad de criterio. Se abominó allí de las intervenciones, y quedó constancia de ello. Poco más tarde, en la conferencia panamericana para afirmar la paz, celebrada en Buenos Aires, el principio de la no intervención fue consagrado y además de ellos las delegaciones en unísono coro elevaron himnos a la democracia. Ahora, en vísperas de la conferencia de Lima, nos hallamos con la democracia como asunto primordial de nuestros pueblos. ¿Qué entiende el continente americano por democracia? ¿Cómo ha de definirse el concepto? ¿Será compatible la democracia con un régimen de Frente Popular como el que Chile acaba de determinar darse? ¿Será compatible con un régimen de dictadura como el que impera en el propio Perú, en donde el señor Presidente de la República, general Oscar Benavides, fue nombrado por el Congreso para terminar el período que correspondía al Presidente Sánchez Cerro, quien había sido asesinado? De Presidente interino, nombrado en 1933, el general Benavides se ha convertido en Presidente vitalicio. ¿O será compatible con la democracia un régimen de estructura totalitaria, como el del Brasil, donde, si bien es cierto que no se admite la ingerencia germana, el totalitarismo de todos modos se ha establecido fuertemente?

No hay para qué seguir enumerando casos y problemas. En la conferencia de Lima es imposible que estos asuntos dejen de tratarse. Esta conferencia, o ha de ser retroceso a lo que eran tales reuniones internacionales hasta 1934, o ha de significar una continuación de lo iniciado ese año en Montevideo. En este caso, la trascendencia que tenga será enorme. Los pueblos piden ya que se defina la democracia según y cómo ha de entenderse entre nuestro pueblos, y de acuerdo con la idiosincrasia de nuestros pueblos, que no admite ni la forma rusa de democracia bajo dictadura del proletariado, ni la democracia al estilo norteamericano o al estilo inglés, basada en sufragio efectivo y sin ingerencia del factor fuerza militar.

Porque tenemos que comprender claramente que se diferencian en esencia nuestros pueblos de todas las democracias llamadas tales, en la Historia y en la actualidad, en que nuestros gobiernos pueden tener o no tener el apoyo de la opinión pública, pueden haber surgido o no de las urnas electorales en elecciones llevadas a cabo con honradez, pero su fuerza radica principalmente en el dominio que tengan tales gobiernos de la fuerza armada. El honorable Mr. Chamberlain, primer ministro de la Gran Bretaña, está en el poder porque lo apoya, no el ejército inglés, ni la marina inglesa, sino la voluntad de la mayoría parlamentaria de su país. Lo mismo ocurre con Daladier, en Francia. En los Estados Unidos, el Presidente Roosevelt es un Presidente fuerte porque cuenta con el respaldo, manifestado en los comicios, de la gran mayoría de sus conciudadanos. Su fuerza no radica en el ejército ni en la marina de que es el jefe nato y comandante general. Posiblemente ahora, que bajo su iniciativa los Estados Unidos han de tener la marina más poderosa de su historia y de la historia de cualquier nación del mundo, sea cuando la fuerza del Presidente Roosevelt decaiga más que nunca, ya que en su contra se alza gran marea de opinión. En nuestros países, en cambio, hay presidentes, como el señor Presidente Cárdenas, de México, que indiscutiblemente cuentan con el respaldo de la opinión pública, lo que les da una fuerza moral incontrastable. Pero en la mayoría de los casos, y como regla general, la fuerza de los gobernantes hispanoamericanos, sea cual fuere la opinión de sus pueblos, radica esencialmente en la fuerza del ejército que les sea leal.

Esa característica es la característica de nuestras naciones que hay que tomar en cuenta al hablar de democracia, para no bordar en el vacío. No es cuestión de censurar o de elogiar, sino de reconocer el hecho, luego de comprender que nuestro estado de cultura y de progreso cívico y los intereses tan encontrados de las clases de que se componen las sociedades en que vivimos, hacen forzoso que así sea. No cambiarán las cosas con tomar un acuerdo, con pasar una resolución, con firmar un tratado.

Ahora bien, dado ese estado de cosas, entiendo esa condición ineludible, ¿qué cariz, qué rumbo, qué efectividad ha de tener la democracia en nuestro continente? ¿Tendremos franqueza suficiente para ver con ojos sinceros nuestros problemas y actuar con lealtad al tratar de resolverlos? Lima nos dará la respuesta. Lima, donde Bolívar renunció a cetro, corona y trono, pero donde con dineros de la naciente nación satisfizo su sensualidad. Lima, que ha de darse cuenta de que sin traicionar lo más noble de Bolívar, que fue el ideal de unión de nuestros pueblos, los tiempos han cambiado y precisa tomar los idealismos con firmeza y definirlos en términos prácticos.

En resumen, los ojos del continente están, cuando esos ojos son de rostros inteligentes, fijos en la próxima reunión limeña a la que los Estados Unidos envían su Secretario de Estado y México su embajador en Washington y las demás repúblicas, personajes de Gobierno igualmente prominentes. En esa conferencia, lejos de hacer a un lado los problemas de mayor importancia, estos problemas precisamente han de discutirse en un ambiente de equidad.

Por una parte, Lima ha de impulsar la tendencia antiintervencionista, llevándola no sólo al terreno de la ingerencia mediante la fuerza armada, sino también al terreno de la aplicación de las leyes. En términos más claros, para que el antiintervencionismo sea efectivo conviene, o más bien precisa, que las fronteras de cada uno de nuestros países se respeten por lo que toca a invasiones armadas, ya se llamen fuerzas expedicionarias, ya expediciones punitivas, o por sutiles, pero igual mayormente peligrosas, en las que determinado país pretende erigirse en interpretador de las leyes de otra nación, o asume autoridad para juzgar si otra nación ha cumplido o no con sus propias leyes. En la realidad, al antiintervencionismo derrotado en la Habana, aceptado en Montevideo, consagrado en Buenos Aires, y que ha de volver al tapete de la discusión en Lima, es una forma de consagrar la soberanía de nuestros pueblos. Esa soberanía ¿se viola o no se viola cuando un país se arroga el derecho de interpretar las leyes de otro y de reclamar que tales leyes se cumplan en determinado procedimiento? Lima ha de responder a esa pregunta. Concretamente, los Estados Unidos han querido llevar a México a la Corte Internacional de la Haya a que conteste allí lo que los Estados Unidos le reclaman, a saber, si ha cumplido o no con sus leyes —si México ha cumplido o no con las leyes mexicanas en lo referente a la compensación debida por la expropiación de tierras particulares que se han repartido a ejidatarios—. El punto a discusión es este: ¿Tienen los Estados Unidos derecho alguno, sin violar la soberanía mexicana, para erigirse en críticos de cómo México cumple con su legislación? ¿Podríamos nosotros, México o cualquiera otra república hispanoamericana, erigirnos en críticos de cómo los Estados Unidos cumplen con sus mandatos constitucionales? ¿Nos atreveríamos a alegar que en cualesquiera de las medidas que la administración del Presidente Roosevelt se ha violado el espíritu y la letra de las leyes norteamericanas, y sobre esa base podríamos llevar a los Estados Unidos a contestar tales cargos ante cortes internacionales de justicia?

Se trata de parte de ciertos países de establecer una Corte de Justicia Panamericana. Por ahí va la discusión. ¿No será una invencin para en cualquier momento llevarnos ante semejante tribuna a que respondamos de cómo nos hemos gobernado? Es muy dulce y muy cómodo echarse en arrellanado sillón de idealismo. Con recordarnos a Bolívar es fácil agarrarnos por ahí. Pero obremos con cautela. Una Corte Internacional de Justicia Panamericana, ¿no será la manera más fácil y más sutil para en cualquier momento llamarnos a responder cargos inadmisibles con el mantenimiento de nuestra soberanía?

México ha podido, sabia y hábilmente, evadir la proposicin norteamericana de someter a corte europea el cumplimiento de sus preceptos constitucionales. ¡Cuidado que no sea la Corte Panamericana de marras la forma de vencer esa dificultad y echarnos el lazo!

Recordemos frente a este problema el de la democracia. Si alguna vez ha de haber democracia en cualquier sentido en Hispanoamérica, ha de ser surgida de la libre voluntad de nuestros pueblos. No es posible desarrollar una democracia a base de imposición extranjera. Una Corte de Justicia Internacional Panamericana quizás resulte el obstáculo mayor que encuentren nuestros pueblos para crearse una democracia.


Alfonsina Storni

Responso por Alfonsina Storni

Por AUGUSTO ARIAS

= Colaboración. Quinto, Ecuador, octubre de 1938 =

En pocas veces se ha escrito un cable más en poesía, tocado de términos élegos y extendido como en un viento marino de tragedia, que no es el alción, sino ese aire cortante del mar que se ha tragado el cuerpo de los que mueren lejos de las costas, para ser fondeados, o el que unta el yodo, a golpe de ola, sobre el naufragio flotante: "Mar de Plata, octubre 25 (A. P.)—El cadáver de la bien conocida poetisa argentina Alfonsina Storni, fue encontrado flotando cerca de la playa Las Perlas..."

Alfonsina Storni estaba, en los últimos años, cultivando la hurañez que la distinguiera. Desabrida de la existencia, sus pasos se parecían mucho a los de la huída. O más bien a los que se dan, en apretado regreso sobre el mismo plano, en la voluntad del encerramiento. Y es que la poetisa, cifra de alto sueño, buscaba la existencia que fuese hecha a imagen y semejanza de aquél. Y dolorida de no encontrarla, pasaba por etapas de hipocondría y de angustia. Carente de la serenidad que buscara el término medio sobre la resignación de la tarde mediocre, el ala de que careció se agitaba con un nervosismo imposible, hasta que se distendiera, con empeño de extenderse contra un horizonte sin límites, en esa playa de las perlas, que sugiere la impresión de orientes condensados y de finas caracolas, como el de los oídos que fueran a escuchar los ritmos de los cauces más profundos. Allí se dio Alfonsina, quizá, a la tentación sin encuentro de los últimos buzos.

Tendríamos que figurársenos a esa irremisible desengañada, por los fugaces retratos literarios que de ella conocemos y por la fotografía imperfecta que llegó, algún día, en la página inicial de sus libros o en las revistas de Buenos Aires. Pequeña y gordezuela en la época de *La Inquietud del Rosal*, su primer libro de 1916, cuando la poetisa había pasado del puerto deslumbrador de los veinte años. Demacrada ya hacia el final, como si se le hubiese secado la carnal presencia, en ese fuego de mustiarse mientras se da el canto. Fea, más bien, sobre la belleza perenne del espíritu. De una blancura casi transparente el rostro pálido y en él sus ojos de azulosidad remota, de ese azul de tono diluído hasta desvanecerse o emblanquecer. Y unos cabellos de un rubio, asimismo, blanquecino. Sin atractivo que venciera por la seducción o la simpatía próximas, Alfonsina, pulidora del verso, se dio en una de las obras poéticas más perfectas. Y si los libros de sus etapas del comienzo, como si *El Dulce Daño, Irremediablemente, Languidez, Ocre*, conciertan el apunte simbo-

(Pasa la página 93)

Palabras de Manuel Ugarte sobre la tumba de Alfonsina Storni, en Buenos Aires, el 26 de octubre de 1938.

= Envío del autor =

Nunca he sentido una emoción tan honda como al coordinar estas palabras, que no podrán traducir, sin embargo, lo que verdaderamente sentimos todos; pero que deben dar la despedida en nombre de la Sociedad Argentina de Escritores a la poetisa insigne que acaba de desaparecer, en una brusca resolución silenciosa, dentro de la trágica soledad de las grandes almas.

Alfonsina Storni formaba parte de la comisión directiva de la Sociedad Argentina de Escritores, y es en representación de sus compañeros de comisión y de todos los miembros de la entidad, que traigo aquí la contenida lágrima de los momentos solemnes, y la palabra de admiración y de cariño que sólo puede reflejar la consternación en que vimos desaparecer a una de las figuras más originales, más queridas y más gloriosas de nuestro mundo intelectual.

La poesía de Alfonsina Storni, toda en fibra y en tensión de alma exaltada, tiene líneas tan netas y excluyentes, que no puede ser confundida ni comparada con ninguna voz conocida. Hirsuta en la acometividad, tajante en el vuelo, esa poesía no deriva de la búsqueda artificiosa o de la novedad calculada, sino del abandono total de una personalidad auténtica, que tuvo resonancias de caracol marino y recogió y amplificó las vibraciones del corazón como las del mismo mar, su amigo, cuyas olas recuperaron—aunque fuera por un momento—lo que, por ser tan grande, creyeron que les pertenecía.

Fue Alfonsina Storni el maravilloso puente sentimental entre la vida terrestre y esa vida sideral, a menudo mal descifrada, que todos llevamos en el fondo de nuestras vidas y que sólo despierta al conjuro de la fórmula milagrosa, hallada en una iluminación, por el verdadero poeta, fórmula que después repiten y agradecen las generaciones.

Alma de luz, alma de cerezo florecido, Alfonsina fue buena, fundamentalmente buena. Tuvo la ingenua y libre sinceridad de la naturaleza y de los niños. Y era tan limpia la inspiración inicial, que, hasta en el trato corriente, que ella matizaba de paradojas desconcertantes, aparecía en todo momento el ser superior, el espíritu refinado y supremo que pronunció las palabras más sencillas y a la vez más recias y perdurables que hemos oído en América.

Hay en estos momentos algo íntimo que sangra dentro de nosotros en forma de dolor humano y personal frente a la irremediable partida que nos separa para siempre; y esto, señores, corta la voz y escapa a la expresión verbal. No lo podemos traducir. Está dentro de nosotros. Nos encontramos frente a la muerte. Sólo podemos decir que hemos perdido la mejor amiga, la más comprensiva, la más cordial. Se ha hundido una cúspide, la voz más alta y más pura de la poesía castellana contemporánea. Si queremos mitigar nuestra pena sólo nos queda la convicción de que para recibir a Alfonsina hay un temblor de hojas primaverales en los bosques de la eternidad.

MANUEL UGARTE

Palabras...

Por el Prof. J. B. ACUÑA

= Dichas en el homenaje que a Omar Dengo se le hizo en la Escuela Normal al cumplirse el año décimo de su muerte: el 18 de noviembre pasado =

Palabras... Palabras... Así anuncia el programa. Palabras, sí; pero salidas del corazón. Palabras que no se forjan con la música etérea del sonido, ni se enmarcan en el sonoro ritmo del lenguaje, ni son correr de ideas por el cielo azul del pensamiento. Sino palabras que vienen de otra fuente y traen el sello de otro mundo. Verdaderas palabras, porque el Verbo es lo más alto que nos ha sido dado para expresar lo hondo y lo sublime, para crear y sentir. Y cuando esas palabras son dichas, es como si el alma saliera de su sepulcro de silencio y robara sus alas a la aurora para volar sobre el mar inquieto de la vida y trasmitir el aleteo de un sentimiento puro, de un íntimo palpitar de emoción inefable.

Palabras dijo Cristo en el Sermón de la Montaña y con ellas nació un evangelio que arrebató la humanidad entera. Palabras fueron las que en el Calvario pronunció el Maestro y las que, taladrando el pesado decurso de los siglos, conmovieron todas las almas y derribaron funestos egoísmos.

Palabras han sido las que en este recinto muchos de vosotros escuchasteis con unción y recogisteis con respecto. Ellas os dieron aliento. Ellas os abrieron un mundo sellado hasta entonces en vosotros. Ellas articularon muchas aspiraciones que yacían dormidas en el seno informe del sentir y que, por la virtud evocadora del vocablo, cobraron forma en el pensar y se armaron con la espada luminosa de nobles y elevados propósitos. Bajo este mismo techo brotaron de unos labios que más tarde enmudecieron. Pero ellas viven todavía y flotan en el ambiente de esta sala y tienen resonancia en el recuerdo de quienes, en ánfora de gratitud, las recogieron. Palabras de Omar: áureas palabras, luz y fuego, cerebro y corazón, acción y vida. Palabras de Omar... Palabras de Omar...

Yo debiera enmudecer, señores. Quizás entonces se operaría el milagro de hacerlas retornar. Quizás entonces vendrían como sombras para cantar cada una su vibrante estrofa, en coro y apiñadas, por entre el rumor confuso de los años, desde un cielo de rememoración y de misterio.

Callemos. Sí, callemos... para que lentamente surja ante la visión interna aquella figura de Omar, sencilla y grata, sonriente y bondadosa. Recordémosla, lo cual quiere decir, traigámosla de nuevo al corazón. Recordémosla. Traigamos de nuevo al corazón al que fué nuestro amigo, al que fué vuestro maestro, al que fué vuestro padre o vuestro esposo, según el vínculo que otrora nos unió con él. Cada uno de nosotros lo traerá al corazón de distinta manera. Unos en la fogosidad de su oratoria, otros en la placidez de su enseñanza, éstos en la amenidad de su conversación, aquellos en la celeste hora de la intimidad hogareña.

Yo quiero recordarlo en la blanca desnudez de su ser íntimo, de ese ser que algunos conocieron, pero que casi nunca rememoran al dibujar su semblanza en la tribuna o en la prensa.

Yo quiero recordar en primer término la limpieza de Omar, su acendrada pulcritud. Alguien ha dicho que la limpieza es el primer escalón de la santidad. Nosotros podemos añadir que ser limpio equivale a ser bello. Tal vez por eso nuestro lenguaje castellano usa el vocablo pulcritud como sinónimo de lo limpio. Pulcritud es belleza. Pulcritud es la euritmia delicada de las almas que los griegos tanto amaron. Pulcritud es belleza en la actitud y el cuerpo, es belleza en la mente y el corazón, es belleza en el motivo y en el acto.

Omar fué pulcro dentro y fuera, en el santuario de su alma y en el alma misma. Uno de sus amigos, Paco Soler, le admiró una vez por su limpieza, y Omar consideró que se le había tributado el más alto elogio. Fué pulcro en el vestir, de tal modo que hizo de ello un culto. Así vemos que, en el momento de morir, él arregló sus vestidos para presentarse convenientemente ante la muerte.

Omar fué pulcro en la actitud. ¡Con qué esmero cuidaba de su gesto; ¡Con qué esmero de ese gesto de la mano que anima la palabra en el combate de la idea, y de ese otro gesto del espíritu ante la injusticia o el dolor, ante la amenaza de la libertad, ante el asedio de la ignominia para derribar los baluartes de la virtud sincera! El conoció el arte de los gestos: del gesto corporal y del gesto que es fuerza interior y excelsa cualidad de hombría.

Omar fué pulcro en el intelecto. Amó las ideas, persiguió los principios morales como un sabueso, guiado por el fino olfato del cazador inteligente que sabe discernir entre lo bueno y lo malo, entre lo verdadero y lo aparente, entre lo esencial y lo transitorio. Omar fué un infatigable cazador de ideas. Y porque logró captarlas, llevaba en su alma la exquisita serenidad del lago que en noches apacibles refleja el claror inmaculado de la luna.

Omar fué pulcro en el motivo y en la acción. Jamás quiso uncir el carro de su actos al fascinante yugo de una intención aviesa. Cuidó de sus motivos como cuida una mujer de su tocado. Prefirió la pobreza al deshonor, el sacrificio de los suyos a la complacencia que envilece, la dignidad viril a la blandura acomodaticia del logrero. Probidad, pulcritud de la conducta que es la mayor de las limpiezas, por cuanto es la limpieza del carácter, la pulcritud del bien.

Y, finalmente, fué limpio de corazón. Amó la juventud con un ardiente celo. La amó porque él mismo había sido desgraciado. En una de sus *Meditaciones* oiréis el grito de su angustia infantil. Hablando de los recuerdos de la niñez, decía que envidiaba a los que en edad madura sonreían recordando los juegos y las travesuras de la infancia. El no pudo sonreír de esta manera, con el sonreír que resucita y da vida a un mundo placentero, ingenuo y puro, alegre y bullicioso. El se quejó de haber tenido una infancia sin hermanos, de no haber tenido compañeros de su edad, de haberse visto obligado a jugar en la soledad que, como él dice, apaga el entusiasmo del niño para el juego.

¡Oh luz perpetua de esa lámpara que alumbra la cuna, y da un tinte de ensueño al primer balbuceo, al primer paso en el mundo, al primer contacto con los hombres en el mágico escenario de la infancia! Para Omar no hubo esa lámpara. La oscuridad del aislamiento le envolvió con su túnica de recónditas penas. Pero esa oscuridad le fué fecunda, porque así aprendió a recogerse, a vivir en sí mismo, a meditar; y meditando amó. Amó para los otros una niñez que tiene hermanos, una juventud que tiene amigos, una vida que se acuna en la alegría y que florece en el campo de un crear armonioso.

Quiso que la escuela fuera un hogar y el maestro un padre que jugara con sus hijos. Para lograr su intento, jugó primero con sus propios hijos. Los rodeó de un mundo encantado. Convirtió sus juguetes en objetos de magia que conocían el pensamiento de sus hijos y realizaban sus deseos. El otro

(Pasa a la página 93)



Omar Dengo



Ilustración de *José Mejía Vides.*

Poemas de Cuscatlán

Por CLAUDIA LARS

=*Envío de la autora.* San Salvador, setiembre de 1938=

Primera canción de la tierra que descubro

A Chico Luarca.

¡De nuevo vagabunda!...
La montaña me llama con fresca voz de olor,
y el horizonte
con su guiño azul.

Me pesa la ciudad como una carga de cemento.
Feo es el hombre que la habita
y que la llena de basuras.
Triste y estúpido
su perenne trajín.

¡Yo busco lo sencillo!
Aire de soledad
para limpiar el hollín de mis pulmones.
Caminos de silencio
con mariposas que llevan
regalos de polen.
Mil ojos de arco-iris
en el agua,
y hundir mi rostro en sus colores,
y luego levantarlo
barnizado de sol.

¡Canto porque amanece!...
Entre las yerbas húmedas
asoma la borraja manojos de virtud;
los chonchos arrastran sus guirnaldas;
salta y se esconde
la brasa fragante de los cinco negritos,
y las flores de muerto
huelen a vida.

Moscardones de acero
rezan maitines...
Inventa sustos el grito de la urraca
y el torogós se queja.
La flauta del zenzontle
es de cristal de aurora,
y de felpa
el tambor de los ecos.

Entro quedamente
hasta el profundo corazón de mi tierra:
imán oculto,
huaca de sorpresas,
caracol que en mi oído
suena los siglos;
fruta jugosa
que amasaron los dioses morenos
con manos de antojo.

Aprendo
vocablos campesinos
que siempre se trabaron
en mi lengua,
y en barro crudo plasmo
la forma
de mi cuerpo,
jugando con un símbolo.

El indio me descubre
sus secretos
porque nada pregunto...
Asombra su paciencia
y levanta vergüenzas su dolor
sin grito.

En la sombra morada
de su puerta
recojo mi cansancio,
y junto al fuego del convivio
regreso a mi niñez.

Salgo con los pequeños
a rebuscar tesoros
en los charcos;
a mecerme en trapecios
de bejuco;
a descolgar parásitas,
y a espiar el ágil salto
del animal arisco.

Con escobón de luz
barro la niebla
que traje de otros climas,
y los duendes del norte
tienen que saludar
al Cipitío.

Y cuando sobre el llano
abre la noche su carpa de luna;
cuando bailan luciérnagas su ronda
de-enciende-y-apaga;
cuando llora el pocuyo,
y empinan flores de embrujo
sus corolas blancas;
entonces,
por los largos caminos del recuerdo
avanza despacio la sombra del abuelo:
del abuelo izalqueño
que llevaba ingenuamente su título
de Don.

Baja la mula retinta
con el sombrero puesto
y la espuela arrastrando.
Sonríe,
con su sonrisa humilde
que no se ha muerto nunca.
Y erguido
frente a la raza fuerte
de mi padre,
dice,
con la expresión segura
de quien jamás dudó:
—"Ya ves.
¡No te pudieron robar los gringos!"

Rueda del año cuscatleco

(A la manera de Juan Negro)

¡Viento de Enero!
Turista borracho
que habla idioma
de frío.

Febrero...
Abren los maquilíshuats
parasoles rosados...

Playa de Marzo:
olas y niños juegan
de corre-que-te-alcanzo.

Abril.
Las chicharras bordan
el tapiz
de la Semana Santa.

Primeras lluvias:
Mayo endulza racimos
para la Cruz
del patio.

Junio.
¡Se rompen las llaves
de todos los ríos!

Julio busca en las pozas
a la siguanaba.

En el "Correo de la Fiesta"
Agosto se disfraza
de payaso.

Septiembre salta charcos
y estornuda.

Con el grito de los pericos
Octubre escribe
¡verano!

Noviembre se despierta
en un colchón
de campanillas.

Los cohetes de Diciembre
alcanzan el nixtamalero (1)
y el Niño Dios de barro
es el zipote
de todas las indias.

(1) Lucero del Alba. Lucero de Belén.

Nuevas notas sobre Constancio C. Vigil

Por LUIS VILLARONGA

=Envío del autor. San Juan de Puerto Rico, setiembre de 1938.—Véanse las notas anteriores en el No. 23 del tomo XXXIV, pág. 366 =

Constancio C. Vigil tras la sembradura de sus libros ha esparcido sobre la tierra la sementera de sus cuentos. Hoy he comprado una serie de ellos para mi pequeña hija. Son unos libritos delgados y anchos, de un solo cuento en breves páginas, en vivísimos colores, bellamente editados por la Editorial Atlántida, de Buenos Aires, que es del propio Vigil.

Son numerosos *los cuentos* de Vigil. Alrededor de un centenar. Se están haciendo ediciones de ellos en portugués, inglés, francés, italiano y otros idiomas. Vigil se cuida de los niños. El sabe que *la humanidad empieza por el niño.* El sabe que el niño es el padre del hombre. Que el hombre será como fue el niño. Como fue el niño criado y educado. En consecuencia Vigil, que es un gran hombre editorial, un gran hombre editorial, un gran ejecutivo, se ha hecho también jardinero. Cultiva niños. Cultiva la humanidad futura. Ha establecido sobre el continente de América —y más allá de América— una clínica preventiva de las deformaciones espirituales. ¡No hemos de ayudarle en su labor?

La palabra de Vigil es para los niños y para los hombres. Vigil les habla más a los niños que a los hombres, porque si la pena —su pena— está en los hombres, la esperanza —su esperanza— está en los niños. ¿Conoce el lector el *Billiken?* El *Billiken* es una revista ilustrada de Vigil para los niños. Es posible que en todo el mundo no haya una revista para niños superior a esta de Vigil en técnica pedagógica y en primores litográficos. Ciencia, zoología, botánica, geografía, historia, moral, aplicada a los niños, todo eso es *Billiken,* entre un derroche de grabados en negro y en colores. En la revista hay siempre "cuadritos" de Vigil para los niños. Son cuentecitos, anécdotas. Casi siempre hacen relación a los nobles animales domésticos, al campo, a las sembraduras, a la naturaleza. Vigil lleva los niños al campo porque el campo es el mejor hogar y la mejor escuela de los hombres.

Ya en su gran libro primordial —*El Erial*— está desenvuelto el problema pedagógico. Todos los problemas del mundo están determinados por la incomprensión. Para el sabio no hay problemas. Todos los problemas se resuelven en el sabio flúidamente, como el chorro de agua de un manantial. Hoy hay una gravísima controversia en el mundo: la de fascistas y comunistas. Pero en Platón no existe tal controversia. Por su concepción del Estado y su *teoría de la propiedad* Platón modernamente sería llamado "fascista" y "comunista". Pero en Platón no había conflictos. No los había sencillamente porque él era las dos cosas. Dentro de su espíritu egregio las más dispares tendencias se armonizaban. *El Erial* es el libro de un sabio. Campea en sus páginas *la comprensión, que es la visión del alma.* De ahí que si sus pautas se siguieran, los grandes problemas sóciales y políticos tendrían fácil solución.

Vigil aborda a veces el problema pedagógico. Hay que aclarar, sin embargo, que Vigil *no trata ningún problema dogmáticamente,* sino con la amplitud y la gracia del sabio que es al mismo tiempo un gran poeta. Vigil sabe que para resolver el *problema pedagógico* no basta acercarse al niño. Hay que acercarse también a los padres. Hay que acercarse *a los padres* y amablemente tirarles de las orejas. "Oyeme, madrecita —dice Vigil— ¿de dónde has sacado que tu hijo es malo? Míralo. El no hace nada que

Constancio C. Vigil

no aprenda de ti, de tu marido, o de otras personas. Si es violento, ¿de quién imita la violencia? Si miente, ¿a quién oyó mentir? Si es nervioso, ¿cómo podremos exigirle que restablezca por sí mismo el equilibrio de su organismo? ¿No sabes que el niño que es golpeado junta odio y que cuando sea hombre este odio renacerá en su corazón como un cáncer devorador de sus alegrías y de su bondad? Cuando más malo te parezca más necesita ver en ti un ejemplo de serenidad, de ternura y de rectitud".

Vigil nos da la impresión de una tierra fecunda y próvida. Vigil es una inmensa afirmación. El cree en *la inmanencia del bien.* El bien para él es algo que se materializa en concreciones magníficas. Su fe en el bien le lleva a aconsejar a sus hijos que vivan con la inocencia del niño y del insecto.

Vigil identifica el bien con la salud. Identifica la salud con la moral. "*La virtud* es la unión del cuerpo sano y el alma depurada de lo ruin", dice. Identifica también la *salud y la moral* con el espíritu. La salud, la moral, la caridad y el espíritu constituyen para Constancio C. Vigil una unidad suprema, una armonía. La higiene, la medicina, la pedagogía, la psicología, son sólo instrumentos de esa vida armoniosa que es para Vigil el *summum bonum.* La pedagogía de Vigil es toda a base de ternura, aire y sol.

Para Vigil la culpa no es un acto espontáneo. Dice que no se puede considerar *la culpa* con prescindencia de la doble serie de causas fisiológicas y morales que la determinaron. ¿Que es el *castigo?,* pregunta Vigil. Y se contesta él mismo: "El castigo es el cobro del sufrimiento en sufrimiento. Finge ser previsión, enseñanza, amor. Pero es siempre el ciego impulso que movió al primer hombre a vengarse del daño recibido".

La salud y *el bien.* El cuerpo y el espíritu. *Armonía integral* del ser. Pedagogía de la naturaleza. Pedagogía para los niños y para los hombres. Y también para la sociedad. A Vigil le preocupa *la salud social.* Y su definición de la salud social es tan bella como exacta. "La salud social —dice— será siempre el resultado del régimen de la libertad dentro de la justicia". *La libertad* dentro de la *justicia.* He ahí la fórmula definitiva. No se puede decir más.

Vigil se torna particularmente elocuente cuando se dirige a su América. A esa América que él tanto ama. Vigil es apóstol del *pacifismo en América.* "Tenemos nuestro camino —dice— y no hemos de ser nosotros ni nuestros hijos rebaño que se lleve al matadero. *Nuestra vida es un avance hacia lo porvenir.* No nacemos para degradar más aún a la humanidad con la soberbia y el odio. No ambicionamos ninguno de los trofeos que se buscan con el despojo y el crimen". "Tampoco cabe en nuestro corazón ni en nuestro entendimiento —dice en otra parte— que un hombre o una patria se agranden envileciéndose".

Vigil nos exhorta a salir "de los bañados de las feroces locuras, del infierno de los canibalismos". Quiere que se haga de América una cosa nueva. Dice que al Nuevo Mundo corresponde una *nueva vida moral y espiritual.* Se opone Vigil a que convirtamos *nuestra América* en un remedo de las viejas civilizaciones dañadas por el odio y el prejuicio.

La patria para Vigil se amplía en grandes círculos concéntricos que no se rozan y mucho menos se oponen unos a otros. Primero, el país en que se nace. Después, el mundo. Por último, *la vida espiritual* que es la gran patria de todos los hombres, donde pueden hermanarse, por encima de las fronteras.

Nosotros estamos obligados a regar por toda América la simiente de Vigil. Estamos obligados a extender por todo el continente la sembradura de Vigil, el sembrador magno. Hagamos buenas sus palabras.

Libros y Autores

(Noticia)

(Indice y registro de las publicaciones que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)



Irma de Sola Ricardo

La autora, joven, caraqueña: Irma de Sola Ricardo.

El libro, con sus primeros versos: *Balbuceos.* Poemas. Santiago de Chile. 1938.

Llegó a mis manos por su tío D. Manuel Ricardo, en esta ciudad. Ella también nos mandó luego un ejemplar. Por todo, gracias.

Está la autora en una agrupación caraqueña de importancia: en la Asociación Cultural Interamericana (Sur 12, Nº 51. Caracas, Venezuela).

Con vistas a su América, la poetisa, a su porvenir soñado como promisión. Señalamos en su libro, con este rumbo: *Primavera, La estatua del porvenir* (idea original).

No se descasta, siente el llano y su potro, su continente americano del Sur, con impulsos épicos.

Se sale de la patria, y es pacifista, humanitaria (*Guerra a la guerra*).

Está bien: *Ladrona* (la reproducimos luego).

También reproducimos: *Paisaje familiar.*

Enamorada: *Posesión.* Soledad, añoranza: *Romance de las manos que se quedaron solas.*

Compasiva: *El miedo del niño pobre.*

Un echar de menos los días felices, sencillos: *Recuerdo del camino de la escuela.*

Gozo agrario, embriaguez del paisaje: *El campo, Azul y verde, Himno.*

Señalamos también: *El cielo, el mar y yo.*

Consejo: menos descripción, más breves los poemas, querríamos. La sobriedad, cosa de los años.

Las ilustraciones de Medo, bien.

Hay próximos libros de la autora: novelas, más poemas.

Y copiamos:

PAISAJE FAMILIAR

La lluvia en el patio reza
una plegaria cansada.
Y en la canal una gota
que aprende un canto monótono
parece una colegiala

que está estudiando su clase
y sobre el piano teclea
do, re, mi, fa, sol,
sin matices y sin ganas de tocar.

¡Qué tristeza da la lluvia
que está rezando en el patio!
Pues parece una beata
que ha pasado ya tres veces
las perlas de su rosario.

LADRONA

Ah! si yo pudiera robarme este día
y guardarlo avara sólo para mí!
Yo lo mecería dentro de mis brazos
como en un remanso de azules paisajes.

Yo lo escondería para otros días
cuando el cielo turbio muestre su disgusto
y las nubes malas su gris estameña.
Entonces de un cofre sacar este día
y mostrarlo a todos los que quieran verlo.
E irlo llevando por montes y ríos, por mares
(y selvas,
con la algarabía de sus mil colores
que como arco iris cuelgan de su falda.

Otro día hacerlo en la media noche
para que la luna pueda también verlo
y las estrellitas se queden atónitas.

Ah¡ si yo pudiera robarme este día
qué de cosas buenas haría con él!
Dárselo a los niños que no tienen madre
como una nodriza vestida de azul.

Regalarle al ciego pedazos de cielo
como un pobre pago de su invalidez.
Darle a una viejita los rayos del sol
para que si dobla sus tristes espaldas
sea porque carga un haz de topacios
y se lleva a cuestas la vida solar.
Y para los sordos en silencio eterno
ponerle una fiesta de canoras aves.

Ah! si yo pudiera robarme este día...
Pero me lamento, y, acaso no es mío?
¡Qué de cosas tiernas voy a hacer ahora
con el día joven que ya me robé!

Señalamos este nuevo libro de Arturo Capdevila: *Las invasiones inglesas.* Crónica y evocación. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires-México. 1938.

De los buenos propósitos de est libro, dice

De los buenos propósitos de este libro, dice

Primero en Las vísperas de Caseros, *después en* La santa furia del Padre Castañeda *y* Tierra mía, *luego en* Antaño, *más tarde en* Cuando el vals y los lanceros..., *últimamente en* Los romances argentinos, *tan bien recibidos por fortuna, y ahora en este nuevo libro de* Las invasiones inglesas, *sólo he procurado y procuro una cosa que estimo salvadora: reargentinizar a la Argentina en esta hora tan turbia del mundo y tan laxa de la nacionalidad, en que vemos cultivarse en la patria el más funesto espíritu de plagio, ora de derecha, ora de izquierda, a los vientos de la moda.*

. . . .

Muchos somos ya los que pensamos que hoy como nunca debemos ser fieles a nosotros mismos, si queremos ser salvos.

Seguiré, pues, proponiendo a los argentinos en estas evocaciones mías la visión del pasado y en él las razones realmente profundas del porvenir.

Mirad hacia los cuatro puntos cardinales, y creedme. No es mal consejo el retorno a Mayo y a sus vísperas. ¿Para qué? ¿Para que allí nos cristalicemos? No. Para saber entonces de verdad cuál es la senda de seguir adelante.

Con el autor: Juncal 3,575. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Para la gran hoja de García Monge "Repertorio Americano"

ANTOLOGÍA POÉTICA

Homenaje agradecido de Alfonsina Storni

1938

Bouchard 484
Buenos Aires

(Autógrafo de Alfonsina Storni)

Señalamos otros libros de los que nos llegan y de los que vamos a extractar —según nuestra costumbre— páginas para la reflexión:

La cultura popular griega a través de la lengua castellana y otros discursos, por el P. Félix Restrepo, S. J., de la Academia Colombiana. Ediciones de la *Revista Javeriana.* Bogotá.

Los otros discursos: *Los frutos de la ciencia, Elogio del hombre culto, La aristocracia del trabajo, La Universidad Javeriana, La educación del patriotismo, La batalla de Carabobo, El onomástico del Libertador, Oración fúnebre por los mártires de la patria, El día de acción de gracias, La prosperidad pública en el reino de Cristo, Florecillas franciscanas en el Nuevo Reino, San Juan Bosco sociólogo, La Bordadita, Rubén Darío, Epifanio Mejía-El poeta y su obra.*

Envío del editor.

El folleto Nº 1 de las Publicaciones del Archivo Nacional de Historia, Quito, Ecuador: *Apuntes sobre el arte mexicano,* por Germania Paz y Miño, Profesora de la Escuela Nacional de Bellas Artes, Quito, Ecuador. 1938.

Donación de don Rafael E. Silva, Jefe del Archivo Nacional. Señas: Apartado 326. Quito, Ecuador.

En las Ediciones "Letras de México":

Voces de España (Breve antología de poetas españoles contemporáneos). Selección y nota de Octavio Paz. México, 1938.

Dice *Letras de México:* Homenaje a los poetas españoles en el segundo aniversario de su heroica lucha.

México, a 17 de julio de 1938.

Envío de "Letras de México".

El cuaderno Nº 5 de los Cuadernos de la *Asociación de Escritores Venezolanos* (Apartado 329. Caracas, Venezuela):

Jesús Semprum: *Estudios críticos*. Editorial *Elite*. Caracas. 1938.

Los estudios: *Los románticos, Julio Calcaño y su obra literaria, Andrés Mata y su obra poética, Del modernismo al criollismo.*

Envío de la Asociación de Escritores Venezolanos.

Una novela nueva de Jorge Icaza (Quito, Ecuador):

Cholos. Quito. Ecuador. 1398.

Donación de autor.

El tomo XV del *Archivo del General Miranda*. Negociaciones. 1770-1810. Tip. Americana. Caracas. 1938.

Envío de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, Venezuela.

Acusamos apenas recibo, ya volveremos con este segundo tomo de versos de Isola Gómez: *Verde Claro*. Editorial Trejos Hnos. San José de Costa Rica. 1938.

Cortesía de la autora.

Este libro de poemas de César Tiempo: *Sábadomingo*. 1938-5698. Buenos Aires. 1938.

Donación del autor. Señas: Reconquista 450. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Repasemos el epígrafe de este libro: es de Rubén Darío, poeta y profeta a un tiempo:

Israel, Israel, ¿cuándo de tu divina
faz, en la sangre pura resbalará el diamante?

Verdad y mentira de Franco (La rebelión según sus autores). Por José Venegas. Editorial "La Vanguardia" Buenos Aires. 1938.

Envío (que nos honra) del autor.

Por la *Biblioteca Ercilla* y en la 2da. edición:

E. Rodríguez Mendoza: *El Golpe de Estado de 1924*. Santiago de Chile. 1938.

Homenaje del autor. Sus señas: Av. Carlos Aguirre Lucio, Nº 664. Santiago de Chile.

Enrique Espinoza: *Chicos de España* (1935) Notas e impresiones. En las Ediciones Perseo. Buenos Aires. 1938.

Donación del autor. Señas: Rodríguez Peña, 185, piso 5, Dept. I. Buenos Aires. Rep. Argentina.

El libro nuevo de Rafael Arévalo Martínez, Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala:

El mundo de los Maharachías. Guatemala. 1938.

Donación del autor.

De Francisco Suaiter Martínez: *Patria de ayer y de hoy*. Buenos Aires. 1937.

Donación del autor. Sus señas: Pergamino 670. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Del índice: *La anarquía y el caudillaje, La dictadura de Rosas, La organización nacional, Masa y dirección, Córdoba, La Rioja, Entre Ríos* (La provincia, Paraná) *Corrientes, Santa Fe* (Ciudad y provincia, Rosario) *Provincia de Cuyo* (Mendoza, San Juan, San Luis) *La Gobernación de Tucumán, Una revelación estadística.*

De Leonidas Barletta (Corrientes 1530. Bs. Aires. Argentina): *Los destinos humildes*. Libro vigésimo. Buenos Aires. 1938.

Dos asteriscos que nos han llamado la atención:

* no se ha hecho ningún depósito de los que marca la ley

* es bien público.

Homenaje del autor.

Palabras...

(Viene de la pagina 89)

día, su esposa me recordaba que Omar había transformado un simple juguete en objeto de prodigiosas virtudes, pues, cubriéndolo con un pañuelo, tenía el poder de adivinar lo que sus hijos más deseaban y la propiedad más maravillosa de cumplir sus deseos. ¿No es ese un símbolo de la Providencia, que en la vida de todos nosotros, niños en este juego de la existencia, llamamos a Dios, y por cuya voluntad se desprende hasta la hoja más humilde del árbol, y por cuya virtud se reviste de galas el pájaro del bosque y tiene inmaculado candor el lirio de los valles?

Omar supo jugar con el sentido verdadero del juego, que crea y ennoblece la vida, que la hace más amable y digna de ser vivida. Omar supo jugar con ese inquebrantable impulso del niño para quien todo es hermoso y de divino origen.

Limpieza en el mor; pulcritud del sentimiento. El jugó con sus hijos y, encendido en el fuego de ese amor, alumbró el amplio hogar de la escuela, y lo reconfortó con el entusiasmo mágico que hace del corazón un nuevo juguete de prodigio, en donde se incuban las intuiciones de la vida y florecen las mágicas virtudes del bien hacer.

—

Palabras... Palabras.. Así anunció el programa. Palabras, sí; pero salidas del corazón. Palabras con las que comulgan los espíritus. Palabras que, perfumadas por el recuerdo, pedimos que hoy asciendan hasta el solio de la muerte, para llevar con ellas encendida antorcha de una gratitud fecunda: la gratitud de quienes bebieron en Omar la alegría e inspiración, grande o pequeña, y, que habiendo mirado el mundo con los ojos de él, tomaron la visión que él tuvo para transformarla en un anhelo de ser mejores, más serviciales, más limpios, más serenos.

Ascienda el alma por esta gradería de palabras hasta él. Y que en todos nosotros alumbre la Palabra verdadera, la que da vida, entusiasmo y deseo de ser activos en la esfera de las ideas e idealistas en el mundo de los actos, para vivir la luz y disipar la sombra.

Responso por...

(Viene de la página 88)

lista con el musicalismo ajustado y renuevan el romántico tono hasta con la voluntad de un realista acento, exprimido de algo que se dijera experiencia, pero que en los poetas puede ser adivinación, tras de algunos años en los cuales parece enmudecer, publica en 1934 *El Mundo de Siete Pozos,* libro que se abre al verso quebrado de nuestro tiempo, cuajado de las imágenes que se rcogen de lo cotidiano; relación del hombre con el mundo. Allí, al lado del obsesivo símbolo titular de la profundidad en donde tiembla el ojo del agua, la melancolía de Alfonsina está ya madura. Y su dolor también, que ha caído del árbol como una fruta sin azúcares y por lo mismo sin huella del pico. Madurez de frase, también, que se libra de follajerías y se vuelve apretada y concisa. Jugos esenciales, aun cuando siempre estuviesen en el filtro de su desesperanza.

Así la biografía de Alfonsina acércase a su día de terminar. Y quedan, de ayer, su infancia provinciana de San Juan. La casa pobre en la cual trabaja la niña paliducha, perfilando en tosquedad sus manos. Y el verso que vuela, como mojado de lágrima y el que se va corazón adentro, como cuando se contiene el lloro. Y la figuración nerviosa y urgida del hombre que no ha de llegar nunca como en el reclamo de sus alejandrinos amorosos. La contracción, después, de la maestra y, a poco, un frustrado ensayo en tareas comerciales. Más tarde, los versos que florecieron sobre su estío predestinado y que habrán de sostener su nombre y su recuerdo.

Anostalgiada, también, puede que resucitara en veces sus lejanos avatares. Pues que ella nació hacia 1892 en Suiza y llevada de muy niña a la Argentina, su obra es enteramente americana y particularmente argentina. Y así fuese acercando a la playa que había de arrastrarle esa disgustada de la tierra, que la cantó, sin embargo, con tan conmovida pasión y que figura entre las mujeres de América que se llegaron con más audacia para requerir al hombre. Esa cansada de la tierra que ha hecho su periplo último sobre el acuático devenir, como devolviéndose al principio y que escribió en un día estos versos que hoy resuenan a premonición y que parece haber surgido de una zona misteriosa del espíritu: "Quisiera esta tarde divina de octubre—pasear por la orilla lejana del mar—que la arena de oro y las aguas verdes—y los cielos puros me vieran pasar.—Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,—como una romana, para concordar — con las grandes olas y las rocas muertas—y las anchas playas que ciñen el mar—Con el paso lento y los ojos fríos—y la boca muda, dejarme llevar;—ver como se rompen las olas azules—contra los granitos y no parpadear; —ver como las aves rapaces se comen—los peces pequeños y no despertar; — pensar que pudieran las frágiles barcas—hundirse en las aguas y no suspirar;—ver que se adelanta, la garganta al aire,—el hombre más bello, no desear amar...—Perder la mirada, distraídamente,—perderla y que nunca la vuelva a encontrar;—Y figura erguida, entre cielo y playa,—sentirme el olvido perenne del mar". Y así se ha ido, en una tarde de octubre.

No debemos excluir a Filipinas

Por ELPIDIO VALERA

—De *Repertorio de Honduras*. Tegucigalpa, 1o. de abril de 1938—

En el *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica, número del 29 de enero recién pasado, aparece la invitación que la Universidad Nacional de México hace a su ilustre director para que asista al Primer Congreso Internacional de la Enseñanza de la Literatura Iberoamericana, que se celebrará en la capital azteca del 15 al 22 de agosto del presente año.

Loable por muchos conceptos es la referida iniciativa. Una finalidad de vinculaciones hondas precede todos sus actos. El conocimiento recíproco de nuestras jóvenes repúblicas ibéricas, tratará de afirmarse, incluyendo, por supuesto, a la nación amazónica del Brasil.

Alrededor del aislamiento cultural en que vegetan estos pueblos mucho se escribe todavía. De poco nos sirve la misma lengua y religión, una idiosincrasia tan semejante y sobre todo el palabrerío de ocasión, echado a volar para convencer a los demás de esa imperiosa necesidad de vincularnos, de formar la única sociedad estable de naciones, porque nace del espíritu y de un sentido igual de la realidad pretérita y actual. Todo ello es una verdad gastada en los labios de cuantos la pronuncian. Faltan los medios de encauzarla por rumbos de positivo alcance, y nos alegra sobremanera ver que la Universidad mexicana tiende ya a colocar la primera piedra, difundiendo la enseñanza literaria del mundo español.

Lo anterior se presta a una observación, que entraña a la vez la unidad de esa cultura ibérica, esparcida no sólo en el continente americano, sino también en zonas lejanas del Pacífico. ¿Por qué no incluir en dicho estudio a Filipinas, tierras hermanas por la misma influencia española durante más de tres siglos y donde la hermosa lengua castellana sigue el invariable curso de su historia, a pesar de las influencias imperialistas extrañas? Ellas, por su alejamiento material, nos han merecido poca atención en años transcurridos, y es dable asegurar que han sido principalmente nuestra indiferencia y poca visión del porvenir, las causas de tal desvinculación, hasta rayar en los grados de la extrema ignorancia.

Más que en Puerto Rico se ha luchado allá por defender esa cultura, por rechazar la descastación que algunos países iberoamericanos no vacilan en aceptar con una marcada proclividad hacia el esclavismo africano. Por consiguiente, mayor razón de ahí se desprende para que seamos en ésta y en otras muchas oportunidades quienes ofrezcamos nuestra eficaz cooperación a tan necesaria unión intelectual.

El ansia universalista que en tantos hombres nuestros ha completado la tradición española, de mente clara y voluntad mística, debe fincarse igualmente en este aspecto de la iniciativa azteca. Es hora de ver más allá de las fronteras continentales, porque los hechos pasados, y en épocas llamadas de atraso, fueron en esto de auténtico valor proselitista.

Filipinas e Iberoamérica tienen eslabones indestructibles por la historia y el vehículo admirable del espíritu que es el idioma. Pronto pozará el archipiélago de soberanía completa e ingresará al rol de las naciones independientes, la única en Asia que puede vanagloriarse de haber recibido por entero la civilización europea gracias al esfuerzo castellano de legendarias hazañas.

Tanto allá como aquí, existe una literatura, un verbo, una élite espiritual, fácil medio de acercamiento para la América española en la laudable empresa de alta pedagogía que venimos comentando.

Quiera, en verdad, esa misma pedagogía, realizar el ideal ecuménico de la cultura ibérica en las tierras de Colón y Magallanes.

Cuentos breves

de VERA YAMUNI

= Colaboración. San José de Costa Rica, noviembre de 1938 =

La avaricia castiga

Antonio era un judío avariento. Poseía un moderado capital, pero a pesar de ello, no vivía de acuerdo con su situación pecuniaria. Era descuidado en el vestir, y no se daba el lujo de tener en uso dos vestidos. "Despacio se va más largo",—se repetía Antonio a menudo. Limpiaba su traje dos veces al año: el día de su cumpleaños y para año nuevo, ya que él pensaba: "De todas maneras se vuelve a ensuciar".

Cierta vez la casualidad y él pensaron juntos, y como resultado efectuó un negocio estupendo, del que salió ganando más dinero del que tenía planeado. Se paseaba Antonio ese día por las calles, llena su mente de placenteros pensamientos, cuando leyó el siguiente anuncio: "Limpiamos su traje mientras usted aguarda". Entonces pensó: con lo que hoy he ganado, bien puedo gastarme $ 0.25 en algo superfluo. Y entró en el taller.

La ventana del cuarto en donde se desvestía no estaba en tan buen estado, que no permitiese ver los transeuntes que caminaban por la acera. Distraído, entregó sus pantalones que inmediatamente fueron metidos dentro de la máquina de limpiar a vapor. En ese momento vio pasar a su amigo Juan, quien le era deudor de $ 100.00 desde hacía ya algún tiempo. Después de varias semanas de andar en su búsqueda, solamente logró saber de la familia de Juan, que éste había abandonado el país, sin rumbo fijo.

Al ver Antonio que su amigo se alejaba, quizás para continuar su recorrido alrededor del mundo, se puso el saco apresuradamente, y sin detenerse a pedir sus pantalones, salió corriendo detrás de él. Pero si Antonio perseguía a Juan, la policía seguía a Antonio, quien fue detenido antes de haber logrado alcanzar a su querido amigo. Desesperado, siguió con los ojos llenos de lágrimas la escapatoria de Juan. El policía le gritó—"¿Qué significa esto?" Pero Antonio estaba angustiado a tal extremo que no pudo articular palabra.

Aquel día que comenzó tan placentero, lo terminó en la cárcel.

Ordenes son órdenes

Rosa era la doméstica de la casa del señor Jiménez. Tenía quince años de trabajar en dicha casa y había adquirido cierta familiaridad que le permitía desenvolverse con libertad, considerándose como un miembro de la familia. Una vez, hacía ya bastantes años, estuvo a punto de casarse, pero su naturaleza caprichosa extinguió las ilusiones de su noviazgo, y ella continuó con mucha calma y sin gran pesar su vida de soltera.

Acostumbraba Rosa, barrer todas las mañanas las hojas y ramas secas del pequeño jardín que daba a la calle, para amontonarlas en el caño. El viejo policía que vigilaba el barrio, nunca le llamó la atención, pues al poco rato pasaba el barredor de calles y se llevaba toda la basura.

Cierto día fue destituido el paciente amigo de Rosa, y ocupó su puesto un joven y exigente policía. Este la corrigió benévolamente varias veces, pero Rosa no le hizo caso, creyendo que sus palabras obedecían al deseo de parecer fastidioso. Mas un día el joven empleado no venía muy dispuesto a aguantar bromas ni caprichos y la reprendió severamente. Rosa contestó en tono despectivo:

—Lo que Ud. desea es que lo crean muy activo. El policía anterior nunca me dijo nada. Además, yo estoy simplemente cumpliendo con mi obligación.

—No venga Ud. a decirme—respondió el joven—que sus patrones le ordenan que barra todas las ramas para arrojarlas a la calle. No puedo creerle eso. Ud. no está diciendo la verdad.

—No tengo por qué mentirle, dijo la muchacha. Soy pobre, pero tengo palabra. Bien sé que si yo fuera señorita de sociedad, Ud. no me vendría con impertinencias. Pero aunque se ahogue en cólera, no le hago caso a un majadero. Y continuó más aprisa barriendo la basura hacia la calle.

Entonces el policía muy enfadado dijo: "Sírvase darme su nombre. Yo represento la autoridad, y su falta de respeto..."

Rosa no contestó, pero con un gesto de desprecio se dirigió a la casa y cerró la puerta, dejando al policía con su discurso apenas empezado. El joven sonó el timbre y la señora Jiménez salió. Ella escuchó las quejas del policía, quien le dijo que las órdenes provenían de la Secretaría de Salubridad Pública, y por lo tanto él se veía obligado a hacerlas cumplir.

—Ud. tiene razón, respondió la señora. Ahora mismo le voy a ordenar a Rosa que venga a llevarse esta basura de aquí.

La doméstica fue llamada, y obedeciendo a la patrona recogió el montón de hojas y ramas. Sin embargo, al pasar frente al policía sonrió satisfactoriamente. El muchacho extrañado fijó los ojos en donde había estado la basura.

Rosa había dejado un solo palo seco, en medio de la calle.

Confesión de amor

Ardientísimos eran los deseos de Cecilia y Eugenia de visitar Liberia, ya que habían oído hablar mucho de la belleza de las noches liberianas, y del sentimentalismo innato de todos sus pobladores. Aun los árboles—había oído decir Cecilia,—parecen susurrar palabras de amor. "El corazón me avisa,—exclamaba Eugenia,—que vamos a gozar mucho, y nunca me he visto engañada por sus insinuaciones". Y continuaron haciendo sus valijas en silencio, sumidas en sus propios pensamientos, y quizás hasta forjando en su mente alguna aventura amorosa.

Dos días después se encontraban en Liberia. Como a Eugenia nunca la engañaba el corazón, encontró todo como había pensado: agradable compañía, noches de luna, sentidas serenatas que lastimaban su corazón, pensando que aquellos deliciosos momentos pudieran tener fin. Así transcurrió una semana, y entonces llegó el día anterior a la partida. Ella expresó sus sentimientos a su amigo. El le respondió: "Esta noche te

cantaré mi última serenata. Me acercaré a tu ventana, te diré muchas cosas que he guardado para última hora, y se unirán nuestras almas en dulce emoción, por más que estemos separados por una pared".

Eugenia se fue a acostar esa noche con la alegría del que espera oír cosas dulces de su amado, y su madre, pensando que al día siguiente tenía que levantarse en la madrugada para partir, también se retiró temprano. Al poco rato se oyó el rasguear de una guitarra acompañado por la magnífica voz de tenor de su amigo, que cantaba canciones muy tristes. Luego cesó el canto, y Eugenia esperó ansiosa la confesión a través de la ventana. Pero... nada. Aguzó entonces su oído, y escuchó un suave e ininteligible murmullo cerca de la ventana de su madre.

Dios mío,—pensaba Eugenia,—si le dije que era la de la izquierda. Y si mamá se encontrara despierta... ¿Qué puedo hacer?

Y se tapó bien la cara con la cobija.

Tenía que suceder

Habiendo quedado Marta huérfana de padre y madre a la edad de cinco años, fue conducida a un orfanatorio. Allí dio muestras de precocidad desde su más temprana edad. El asilo era dirigido por damas caritativas, mas gran cantidad de niños se quejaban en la creencia de que no era regido con entera justicia. Contaba Marta seis años cuando casualmente oyó la siguiente conversación de dos de sus compañeras de más edad.

—¿Tenés listas las bolsas ya?—decía una.

—Sí, ya tengo todo arreglado,—fue la contestación. Pero tengo miedo de que se vaya a enterar la niña María, y entonces nos castiguen por querer zafarnos.

—No seas tonta. Cómo lo va a saber! Además, pensá en todo lo que vamos a gozar cuando salgamos al mundo. Allí nadie nos dirá: "es hora de estudio", "a dormirse ya", "queda Ud. sin postre por desobediente". Terminarán las preferencias e injusticias, y entonces vamos a ser completamente felices.

—Marta,—que escuchaba sorprendida,—preguntó ingenuamente: "¿A dónde van ustedes?"

Marta—, que escuchaba sorprendida—, premetás en las conversaciones de las grandes. Eso es muy feo.

—Pero yo quiero ir con ustedes,—dijo la chica casi llorando—. Díganme a dónde van, porque si no le pregunto a la niña María.

—Martita,—dijo entonces dulcemente la misma muchacha—. No le digás nada a la niña María. Ella quiere que salgamos a pasear, pero sin que nadie se entere, porque no podríamos ir todas. ¿Verdad que no dirás nada?—Toma—y le regaló una pequeña muñequita, su único juguete.

Marta se quedó pensativa y antes de acostarse, cuando la niña María pasaba revisión a las chicas más pequeñas, le preguntó en voz muy baja: "Si me duermo ligero y me porto bien, ¿puedo ir mañana a pasear con Luisa y Virginia?"

La niña María preocupada en ver a cada una en su puesto, respondió que sí.

A la mañana siguiente Marta fue llamada a la dirección, para averiguar el paradero de Luisa y Virginia, mas no se pudo obtener mucha información ya que ella, en realidad, se había enterado de muy poco.

Todas estas impresiones fueron a formar parte del inconsciente de Marta, para que más adelante surgieran los efectos.

La niña continuó viviendo diez años más en el orfanatorio, siendo jefe de varias manifestaciones de rebeldía, ya que las niñas creían que las injusticias aumentaban con el transcurso de los días. Esto le ocasionó severos castigos que deprimieron su alma profundamente.

Cierto día se verificó un concurso para premiar a la alumna que escribiera la mejor composición. La recompensa eran ocho días de vacaciones en la finca de una señora, amiga del asilo. No había una sola que no anhelara salir vencedora, y todas se proponían competir en el concurso. Solamente Marta fue excluida por haber dibujado ciertas caricaturas de algunas de las que dirigían el asilo.

La chica no respondió una sola palabra cuando le informaron de la decisión. Se fue a acostar en silencio, y contra su costumbre, con ninguna de sus compañeras comentó la injusticia.

Al día siguiente había desaparecido.

El agua grande

(*Viene de la última página*)

los ojos de los leones. Al ver el niño que los ojos de los leones se habían puesto rojos, corrió a su casa y se lo dijo a su madre y a su abuela. La abuela dijo entonces: "¡Desentierra en seguida el puchero y saca el barquito de la caja!" Al desenterrar el puchero se encontraron con que estaba lleno de perlas; y el barquito fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un barco grande de verdad. La abuela dijo: "oged el puchero y subíos al barco. Cuando venga el agua grande, salvad a los animales que vengan a vosotros, pero no a los hombres, a esas cabezas negras". Se subieron al barco y la abuela desapareció.

Entonces empezó a llover. La lluvia bajaba del cielo cada vez con más fuerza. Finalmente no eran ya gotas sueltas sino una corriente que lo inundaba todo. Pasó un perro, arrastrado por el agua, y lo salvaron metiéndolo en el barco. A poco llegó un par de ratones con sus crías que chillaban de miedo y los salvaron también. El agua llegaba ya a los tejados de las casas. En un tejado había un gato encogido, que maullaba lastimosamente; lo recogieron también en el barco. El agua subía cada vez más y llegaba a las copas de los árboles. Sobre un árbol había un cuervo que movía las alas y graznaba. Lo recogieron también. Finalmente llegó volando un enjambre de abejas. Los animalitos estaban completamente mojados y apenas podían ya volar. También dejaron a las abejas que entrasen en el barco. Por último apareció un hombre de pelo negro, flotando por encima de las olas. El niño dijo: "Madre, vamos a salvarle también". La madre no quería. "La abuela nos ha dicho que no salvemos a ninguna cabeza negra". Pero el niño insistió: "Vamos a salvar al hombre. Me da compasión, y no puedo ver cómo se lo llevan las aguas". Salvaron también al hombre.

A poco rato fueron bajando las aguas. Salieron entonces del barco y se despidieron del hombre y de los animales. El barco volvió a hacerse tan pequeño, que le metieron otra vez en la caja.

Pero el hombre había sentido la codicia de las perlas. Se fue en busca del juez y acusó al niño y a la madre. Los metieron a los dos en la cárcel. En cuanto al cuervo, se echó a volar y volvió con una carta para el juez. La carta estaba escrita por un dios y decía: "Peregriné por el mundo disfrazado de mendiga. El niño y su madre me recogieron. El niño me trató como a su abuela y no tuvo repugnancia en lavar mi suciedad. Por eso les he salvado del agua grande, con que destrocé a la ciudad pecadora en que vivían. Ponlos en libertad, juez, pues de lo contrario, caerá sobre ti la desgracia".

El juez les hizo venir a su presencia y les preguntó lo que habían hecho y cómo se habían salvado del agua. Se lo contaron todo y vio que estaba de acuerdo con la carta del dios. En vista de esto, castigó al hombre que los había denunciado y los puso en libertad.

Cuando el niño se hubo hecho ya hombre, llegó un día a una ciudad. En la ciudad había mucha gente y se decía que la princesa quería casarse. Pero para encontrar al hombre que la mereciese, se había metido en una litera, cubierta con un velo y había mandado que la transportasen, junto con otras muchas literas, a la plaza del mercado. En todas las literas había mujeres con velos y una de ellas era la princesa. El que acertase con la litera en que iba la princesa, se casaría con ella. El muchacho se fue también allá y al llegar a la plaza, vio que las abejas, a quienes había salvado del agua grande, zumbaban todas alrededor de una sola litera. Se acercó a la litera y, en efecto, en ella estaba la princesa. Se celebró la boda y vivieron felices hasta el fin de sus días.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York

Erase una vez...

(Rincón de los niños)

* * * * * * * * * * * * * * * * *

Yo sí... yo no...

Por MARTA BRUNET

= Selección y envío de *V. Y.* Sacado de *Cuentos para Mari-sol.* Santiago de Chile 1938. =

Resulta que hace muchos años vivía un matrimonio de *Sapos* que se querían grandemente y que lo pasaban muy bien a orillas de una charca. La casa en que vivían era de dos pisos, con terraza y todo, y en el verano salían de excursión en una barca hecha con un pedacito de pellín y una vela que les tejiera una *Araña* amiga. Se mostraban muy elegantes con sus trajes de seda verde y sus plastrones blancos. Y no eran nada de feos, con sus grandes bocas y sus ojos de chaquira negra.

Por la única cosa que a veces peleaban, era porque al señor *Sapo* le gustaba quedarse conversando con sus amigos de la ciudad *Anfibia* y llegaba tarde a almorzar y entonces la señora *Sapa* se enojaba mucho y discutían mucho más aún y a veces las cosas llegaban a un punto muy desagradable.

Y resulta que un día llegó el señor *Sapo* con las manos metidas en el bolsillo del chaleco, canturreando una canción de moda, muy contento. Y resulta también que ya habían dado las tres de la tarde. ¡En verdad que no era hora para llegar a almorzar...!

Como nadie saliera a recibirlo, el señor *Sapo* dijo, llamando:

—*Sapita Cua-Cua... Sapita Cua-Cua...*

Pero la señora *Sapa* no apareció. Volvió a llamarla y volvió a obtener el silencio por respuesta. La buscó en el comedor, en el salón, en la cocina, en el repostero, en el escritorio, en la piscina, hasta se asomó a la terraza para otear los alrededores. Pero por ninguna parte hallaba a su mujercita vestida de verde.

De repente, el señor *Sapo* vió en una mesa del salón un papel que decía:

Almorcé y salí. No me esperes en toda la tarde.

Al señor *Sapo* le pareció pésima la noticia, ya que no tendría quién le sirviera el almuerzo. Se fue entonces a la cocina, pero vio que todas las ollas estaban vacías, limpias y colgando de sus respectivos soportes. Se fue al repostero y encontró todos los cajones y armarios cerrados con llave.

El señor *Sapo* comprendió que todo aquello lo había hecho la señora *Sapa* para darle una lección. Y, sin mayores aspavientos, se fue donde la señora *Rana*, que tenía un despacho cerca del sauce de la esquina, a comprarle un pedazo de arrollado y unos pequenes para matar el hambre.

Pero como este señor *Sapo* era muy porfiado y no entendía lecciones, en vez de llegar esa noche a comer a las nueve, como era lo habitual, llegó nada menos que pasadas las diez.

La señora *Sapa* estaba tejiendo en el salón, y, sin saludarlo siquiera, le dijo de mal modo:

—*No hay comida.*

—*Tengo hambre*—contestó el señor *Sapo*, con igual mal humor.

—*Yo no.*

—*Yo sí.*

Y como si uno era porfiado, el otro lo era más, y ninguno de ellos quería dejar con la última palabra al otro, pues a media noche todavía estaban repitiendo:

—*Yo no*

—*Yo sí.*

Y cuando apareció el sol sobre la cordillera, el matrimonio seguía empecinado en sus frases:

—*Yo sí.*

—*Yo no*

Y resulta que esto pasaba poco tiempo después del diluvio, cuando *Noé* recién había sacado los animales del *arca*. Y resulta también que ese día *Noé* había salido muy temprano para ir a darle un vistazo a sus viñedos, y al pasar cerca de la charca, oyó la discusión y movió la cabeza desaprobatoriamente, porque no le gustaba que los animales del Buen *Dios* se pelearan. Y cuando por la tarde pasó de nuevo, de regreso a su casa, llegaron a su oído las mismas palabras:

—*Yo sí.*

—*Yo no*

Le dió su poco de fastidio a *Noé*, y, acercándose a la puerta de la casa de los *Sapos*, les dijo:

—¿Quieren hacer el favor de callarse?

Pero los señores *Sapos*, sin oírlo, siguieron diciendo obstinadamente:

—*Yo sí.*

—*Yo no*

Entonces a *Noé* le dió fastidio de veras y gritó, enojado:

—¿Se quieren callar los bochincheros?

Y *San Pedro*—que estaba asomado a una de las ventanas del cielo, tomando el fresco—le dijo a *Noé*, enojado a su vez, porque hasta allá arriba llegaban las voces de los porfiados discutidores:

—Los vamos a castigar y, desde ahora, cuando quieran hablar, sólo podrán decir esas dos palabras estúpidas.

Y ya sabes ahora—Mari-Sol de mi alma, por qué todos los *Sapos* de todas las charcas del mundo dicen a toda hora y a propósito de toda cosa:

—*Yo sí.*

—*Yo no*



Dña. Maria Moyano

Por María Carmen Aráoz Alfaro

El agua grande

= Sacado de *Cuentos populares de China*. "Revista de Occidente". Madrid. 1925. Selección y envío de *V. Y.* =

Una vez era una viuda que tenía un hijo. El hijo tenía buen corazón y todas las gentes le amaban. Un día el niño le dijo a su madre: "Todos los demás niños tienen abuela y yo no la tengo. Esto me da mucha pena". "Te buscaremos una abuela"—dijo la madre.

Un día se presentó una vieja mendiga muy pobre y muy débil. Al verla el niño le dijo: "Tú serás mi abuela". Se fué en busca de su madre y le dijo: "Ahí afuera hay una pobre; yo quiero que sea mi abuela". La madre se mostró conforme y la mandó que entrase. Pero la vieja estaba muy sucia y muy llena de miseria. El niño le dijo a su madre: "Ven, vamos a lavar a la abuela". La lavaron. Pero también tenía muchos piojos. Se los buscaron todos y los echaron en un puchero, que se llenó hasta arriba. La abuela dijo entonces: "No los tiréis; enterradlos en el jardín. Y no los desenterréis hasta que venga el agua grande". "¿Y cuándo vendrá el agua grande"?—preguntó el chico—. "El agua grande vendrá cuando se pongan rojos los ojos de los dos leones de piedra que hay delante de la cárcel"—dijo la abuela.

Entonces el niño corrió a ver los dos leones; pero sus ojos no estaban rojos. La abuela le dijo: "Haz un bacquito de madera y guárdalo en una cajita". Así lo hizo el niño. Todos los días se iba a la cárcel y se quedaba mirando a los leones; de manera que los que pasaban por la calle se asombraban de verle.

Un día, al pasar delante de una pollería, el pollero le preguntó por qué iba todos los días a ver los leones. El niño dijo: "Cuando los ojos de los leones se pongan rojos, vendrá el agua grande". El pollero se rió de él. A la mañana siguiente cogió sangre de pollo y pintó con ella

(Pasa a la página anterior)